CONSTELACIONES

Christian Rodríguez Büchner

Primera Edición octubre de 2011
Registro propiedad intelectual número 208909
Encuadernacion:
Cecilia Ascencio Elgueta y Christian Rodríguez Büchner.

Tania 9

Puerto Saavedra 20

Javier y la Virgen 34

Lluvia de Barro 55

El Cielo y el Mar 64

Esta Tierra Helada 80

-Sueños, que en realidad, no son más que ambición.

Shakespeare.

Tania

El terminal marítimo de Puerto Montt era una gran planicie de cemento con no más de quince personas esperando el transbordador. No había nubes en el cielo y el atardecer se abalanzaba sobre el paisaje. Las caras reflejaban tedio y en algunos casos ansiedad, y el viento hacía flotar una bolsa plástica por entre los edificios. Normalmente a esa hora estaba en mi pieza sin hacer nada. Era el año 1985, aún era adolescente, no había hecho planes para el futuro y todavía me encontraba en un apacible limbo existencial. Mi familia había recibido una herencia inesperada y yo había decidido ocupar mi parte para recorrer la Patagonia chilena y argentina. Era una de esas tardes aburridas donde daba lo mismo estar dormido o despierto, uno de esos días hermosos que se olvidan apenas terminan.

Cuando llegó el transbordador, tomé mis cosas y subí a la cabina. Allí los evangélicos se tomaron de las manos y le rogaron al Señor que usara todas sus fuerzas para que el barco no se hundiera. ¡Protege esta nave, Padre, y condúcela hasta su puerto! gritó el pastor, y las viejas murmuraron lo mismo con el rostro compungido. ¡Que el mar no nos trague, padre misericordioso! ¡Que lleguemos sanos y salvos a nuestro destino, Señor del cielo y la tierra!, decía cada vez más fuerte. ¡Tú, que nos das la vida y que dispones de ella, cuida de nuestras almas si nuestros cuerpos son devorados por el mar, señor Jesucristo!

Viejas culiás, pensé; por qué chuchas no se van a gritar a otro lado. Me puse a hojear un diario y a tararear una melodía de Edvard Grieg para aislarme del ruido. Cada vez que recordaba esa melodía me imaginaba a mí mismo destruyendo un piano a hachazos, y las astillas golpeando mi cara. "Confederación de la Producción y el Comercio se Reúne con la Junta de Gobierno para Tratar Temas País" decía el titular de La Tercera. Me pregunté qué era un tema país, no supe dar ninguna respuesta coherente, así que fui directo a la sección de humor.

Esa tarde había estado caminando durante más de tres horas por Angelmó buscando algún regalo para llevarle a Tania, pero llegué a la conclusión de que ya debía tener suficientes pajaritos de madera y gallinitas de lana y al final no compré nada. Después estuve tres horas más sacando la vuelta y flotando entre el olor a pescado, la gente fea, las calles chicas, la mugre en las veredas y toda la inmundicia de esa ciudad de paso. Puerto Montt era (y sigue siendo) como ir al baño del Germán Becker, pero sumándole el olor a pescado muerto. Me prometí que jamás viviría en Puerto Montt, a menos que un terremoto echara abajo todas las demás ciudades de Chile, aunque en ese caso prefería mil veces irme a vivir al campo.

Los evangélicos se tranquilizaron, ahora estaban sentados en silencio como la gente normal. Yo tenía sueño, mis piernas no daban más de tanto caminar; por la ventanilla el mar se veía tranquilo, brillante y sensual. Con esa vista, y sin proponérmelo, me quedé dormido.

Cuando desperté ya era de noche. El transbordador se balanceaba de manera casi imperceptible, habían encendido las luces y los pasajeros estaban de pie conversando como si nunca durmieran en esos recorridos. Supe que no podría conciliar el sueño, así que me levanté para salir a ver el paisaje.

No había nadie afuera, todo estaba quieto, el horizonte era inmenso y oscuro, y las estrellas se transformaban en líneas suaves sobre el agua. Apoyé mis codos sobre la baranda. Ya no había ninguna porción de tierra a la vista; estábamos en medio de la nada, lejos de todo indicio de fealdad. Una señora apareció desde la puerta y apoyó sus codos al lado mío. Prendió un cigarrillo y por suerte no se puso a hablar huevadas. Me acordé otra vez de Tania. No era una mujer despampanante y ni siquiera me atraía desde el punto de vista sentimental, pero nos habíamos acostado unas veinte veces y quería hacer una pequeña escala en mi viaje para elevar ese número a treinta o cuarenta. Tania era comunista, católica, y fogosa, y su familia se había ido a esconder en la Patagonia a mediados de los setenta por ser lo primero. Le tenían terror al exilio. Habían pasado la mayor parte de sus vidas en el campo, cerca de Nueva Imperial, y sollozaban ante la sola idea de vivir en una megaciudad extranjera. Los milicos reculiaos habían cortado nuestros días de diversión de un sablazo. En ese entonces, los detestaba sólo por eso. Por forzarme nuevamente a mis tardes de aburrimiento, de música clásica y de masturbación compulsiva.

Me acordé de sus tetas grandes, de sus piernas contundentes, de su predisposición a olvidar cualquier obligación con tal de salir conmigo; Tania hacía lo lógico, lo que había que hacer, lo que hombres y mujeres estábamos programados para disfrutar desde el mismo instante en que pisamos el mundo. No había otra como ella; era una entre un millón. No es tan fácil como supone la gente conseguir una amiga que pueda llevar a la cama sin trámites ni obligaciones, pensé. La juventud está muy suelta, repetía mi abuelo don Vito. Ojalá estuviera suelta, le decía yo.

Llegamos a las ocho de la mañana bajo un cielo igual de despejado. Primero bajaron los vehículos y después nos dieron la señal a nosotros. Mi primera impresión fue que el

aire era distinto, no sé si era más puro o más helado, quizás era las dos cosas a la vez. Lo cierto es que nunca antes había respirado un aire así.

Bajé a la cubierta y pasé a buscar mi mochila. Cuando iba por la rampla, un paco gordo me tomó del brazo y me pidió el carné.

- ¿Para qué?

- O me lo pasa o me acompaña.

En el muelle había una patrulla con otros dos pacos (igual de pajeros) leyendo el diario. Supuse que era un control de rutina así que le entregué mi cédula para salir rápido del trámite. El paco la revisó de un vistazo, sin mucho interés.

- Prosiga.

En el muelle me abrí paso por entre la gente buscando a Tania. Choqué con decenas de caras desconocidas, no la divisé por ningún lado y pensé que le había dicho mal la hora o que había cambiado de parecer a último minuto; que había decidido no verme nunca más.

Veinte minutos después la vi corriendo por el camino de ripio. Andaba con pantalones anchos y multicolores y un pañuelo rosado en la cabeza. Era un desastre para vestirse, pero eso era parte de su encanto.

- Hola mi negro —dijo ella, jadeando—, disculpa el atraso; estaban arreglando el camino, tienen todo el tránsito cortado.

- Yo creí que no ibas a llegar. No sabía dónde ir a buscarte.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla. Mi recibimiento no fue tan apasionado como esperaba.

- ¡Qué eres exagerado! ¿Y cómo estuvo el viaje?

- Bien —respondí, sin perder de vista su escote—. El motor temblaba un poco, pero no hubo olas ni marea ni nada. Fue como irse en un bus malo a Santiago.

- Claro, en esta época no hay problema. Pero bueno, ahí me cuentas. ¿Vamos?

El pueblo no tenía más de diez cuadras de largo y estaba rodeado por una masa verde de cerros y bosques que sólo se abrían hacia el mar. Las nubes más bajas se deshacían en las montañas circundantes, las calles eran de ripio y los pocos vehículos eran camionetas feas y toscas. Llegamos a un hospedaje que Tania me recomendó, allí había una pieza matrimonial que costaba sólo dos mil pesos la noche y que tomamos de inmediato. La primera vez que el dueño dijo "matrimonial" yo miré la cara de Tania para ver si es que ella hacía lo mismo, pero no lo hizo.

Nos sentamos en la cama y comimos las galletas de avena que me habían sobrado del viaje. Intercambiamos algunas frases sobre cómo estaban los cabros del liceo, sobre la pastoral, sobre nuestras familias y lo demás. Tania dijo que quería tomar una ducha y que seguramente yo también quería ducharme. Pero vamos juntos, agregué, recordando de golpe lo caliente que andaba.

Traté de hacerle el amor apenas nos pusimos bajo el agua, el piso estaba demasiado resbaloso y yo caí de rodillas sobre el cemento. Quedé con un pequeño moretón en cada una. Ella trató de contener la risa.

Nos desquitamos al volver a la pieza. Allí todo se nos hizo más fácil y sin apuros. Tania se tiró sobre la cama, se apoyó sobre sus codos y yo le bajé los calzones hasta la altura de sus pies. Al poco andar pude ver su espalda llena de pecas, su cara desconcertada contra la almohada, su mano derecha retorciendo la sábana, su cuerpo ruborizado desde los hombros hacia arriba, y la intuición de que me iba insultar en cualquier momento. Me sentí orgulloso de poder provocarle eso a una persona. Me sentí poderoso.

2

Ese mismo día salimos a caminar a la playa. Sobre la arena había botes infestados por algas, como si estuviesen allí desde hace décadas. Me detuve en cualquier parte y dirigí mi vista hacia el mar. El camino de vuelta era realmente largo.

Lejos, qué bien se sentía eso; estar lejos. Podía pasarme una vida entera estando lejos.

- ¿Cómo te fue en el liceo? —me preguntó—. ¿Te sigue poniendo malas notas la Alfonsina? La vieja culiá.

- No muy bien. O sea; no mal, pero peor que antes. Así que este año me cambiaron al Providencia para no seguir bajando el promedio.

- ¿Por qué no me habías contado? Siempre tan así. Te apuesto a que todo el mundo lo sabía menos yo. ¿Y qué va a pasar con tu beca?

- No sé. ¿Se transfiere? Supongo que se transfiere al colegio donde me vaya.

Según la asistente social ya no podría recuperar la beca. Pero había viajado para pasarlo bien y no quería hablar del tema.

- ¿No echas de menos la ciudad? —le pregunté—.

- Para nada. Allá estaba mal, ¿para qué elegir estar mal si puedo no estarlo? Me parece ilógico que una persona libre elija estar mal, ¿no crees tú?

- ¿Y qué vas a hacer el resto del año? Te vas a aburrir acá.

- Ya voy a inventar algo. Por ahora estoy ayudando en la casa, siempre hay algo que hacer. Y dime ¿cómo están los chicos de la iglesia? ¿Se siguen juntando?

- No. A veces veo al Pera, al Ricardo. Están muy metidos en sus estudios. Huevean con que quieren llegar a la universidad, ser alguien. Yo no tengo ganas de ser alguien. Tratan de convencerme, pero yo soy más fuerte. Todavía no me aburro de no hacer nada.

Pensé que Tania me iba a dar algún sermón sobre mi apatía, mi machismo, los milicos, el saqueo de la patria, los dólares, Ronald Reagan, Francisco Javier Cuadra, y cómo todo el hemisferio occidental, excepto ella misma, eran culpables por sus problemas. Pero en vez de eso tomó mi mano y la apretó con fuerza. Yo le respondí con más fuerza. Las olas reventaban a metros de su espalda. Parecía mucho más segura de sí misma que cuando la había conocido. ¿Por qué de pronto la encuentro más bonita?, pensé.

- ¿Caminemos? —le dije—.

Después de almorzar, fuimos a un sendero paralelo a un río torrentoso. Tomaba una hora y media llegar hasta el ventisquero donde supuestamente habría hielo, nieve, cascadas, y una vista inolvidable de los bosques andinos. Tuve ganas de tomar fotos pero me di cuenta que no había comprado rollo, así que volví a guardar la cámara.

Tania andaba lento, había encontrado algo en el suelo que le llamaba la atención; insectos, flores, hormigas, caminos de caracoles; cosas que sólo a ella le importaban. Calculé que a esa velocidad volveríamos de noche y la adelanté unos cuantos metros.

Le tomé el olor a una hoja cualquiera, era fuertísimo. Arranqué un par para llevármelas. También arranqué un copihue y lo puse adentro de mi billetera. Hice lo mismo con un pedazo de helecho y una flor blanca que no había visto antes. De pronto, me sentí sólo. Miré a mi espalda, Tania ya no estaba ahí. La esperé pero no llegó. Retrocedí varios metros por el sendero y sólo encontré a un par de turistas extranjeros. Encontré a un chileno y le pregunté si existía algún camino alternativo, alguna desviación. Me respondió que no, que ese era el único sendero.

Volví al principio y salí a buscarla de nuevo, pero esta vez junto al guardaparques. Ya estaba hirviendo en rabia. Gritamos su nombre en medio del estruendo del río. Le

preguntamos a los pocos caminantes si es que la habían visto, todos decían que no o bien no entendían español. Nadie sabía nada, todos se mostraban perplejos e inútiles; nos hacían una mueca imbécil y nos dejaban atrás como si nada. Todos fallaban a su manera.

El guardaparques me prometió llamar al hospedaje en caso de cualquier novedad. Según él, era normal encontrar a personas que se quedaban a dormir en alguna cueva o debajo de un árbol, y que en mi lugar él estaría atento pero sin perder la calma. Su hipótesis me perturbó aún más; aunque a Tania le gustaba la naturaleza, jamás había acampado sola ni acompañada.

Subí a la micro, busqué un asiento que estuviera al lado de la ventana. El chofer aún no llegaba. Me quedé contemplando los helechos de la entrada por si aparecía alguien con cara de malas noticias. Por alguna razón imaginé desenlaces que siempre desembocaban en tragedia. No quería identificar su cadáver, era incapaz de hacerlo. Pero a la vez me parecía no tan terrible la idea de que la corriente se la llevara lejos; que se muriera lejos, que archivaran su cuerpo en algún cementerio rural junto con toda su ropa y los restos de su sudor, y su saliva, y cada uno de sus pelos y todos los sabores y olores que me la pudiesen recordar. Que desapareciera para siempre entre los poros de la tierra sin dejar ninguna señal que pudiera conducirme de nuevo hacia ella.

Tania se subió a la micro y se sentó al lado mío como si nada. No pude creerlo.

- ¿Y tú? —le dije—, ¡¿dónde te metiste?!

- Llegué hasta los ventisqueros —contestó, limpiándose el sudor de la frente—. Te esperé harto. ¿Dónde andabas? Yo juraba que nos íbamos a encontrar en los ventisqueros.

-¡Yo pensé que te había pasado algo! —grité—.

- ¡Pero si yo no hice nada! ¡Yo fui la que no te vio más, yo seguí caminando por donde íbamos! Si tú te urgiste, no es mi culpa.

Me confundí. Recordé que varias veces durante la caminata tuve la sensación de no saber dónde estaba, de no saber si es que había avanzado o retrocedido. Era posible que mi sentido de la orientación hubiese fallado. Era posible que ella estuviera en lo cierto y que yo me hubiese inventando todo. Me sentí infinitamente ridículo.

- Ya —dijo ella—, si no es para tanto.

3

Era medianoche. El clima había vuelto a su esquizofrenia habitual; luego de varios días despejados, un temporal de lluvia y viento azotaba los tejados del pueblo. Estábamos sentados en la cama, nos habíamos tomado cinco botellas de cerveza y nuestras mejillas ardían por el alcohol. Era una velada extraña, apenas hablábamos. Tania apoyó su cabeza sobre mis piernas. No la rechacé. De todo lo que había pasado en la tarde sólo me quedaba el orgullo. La lluvia era un acontecimiento que en alguna parte de su origen también significa refugio, alivio y perdón.

- ¿Puedes hacerme un masaje? —preguntó ella—. Me duele toda la espalda.

No respondí.

- ¿Sabes cuántos meses he esperado por uno de tus famosos masajes? —preguntó, tratando de animar el ambiente—.

Se tiró a lo largo de la cama. Cedí a su petición. Apoyé mis manos en su espalda y mis dedos se movieron en forma de cuadrados o círculos. No sabía cómo hacerlo; era pésimo y ella no lo había olvidado. Mi torpeza le causó gracia, no pudo aguantar la risa. Le hice cosquillas en el abdomen, se rio a gritos hasta que puso cara de dolor y me rogó que no siguiera. Un círculo húmedo se fue expandiendo entre sus piernas y me di cuenta de que hablaba en serio.

Nos sacamos la ropa y nos metimos bajo las frazadas. Ella me abrazó fuerte con sus piernas. El olor a orina excitó mi olfato, pero por alguna razón todo mi cuerpo estaba dormido, insensible, bloqueado. Hice hasta los movimientos más caninos y ridículos con tal de excitarme, pero no hubo caso.

- ¿Pasa algo? —preguntó—.

- Tomé mucho —contesté, no muy seguro de si esa era la razón—. Perdóname.

Un trueno rebotó sobre el paisaje, las ventanas temblaron, y la lluvia y el viento volvieron a soplar. Tania se sentó en el respaldo de la cama. Sentí ganas de decirle otras cosas, pero no pude; cerré los ojos y me dejé llevar por el cansancio y el sopor del alcohol. Desperté varias veces bajo el sonido de la lluvia, forzándome para no volver a cerrar los ojos. Ella acomodaba sus piernas en todas direcciones; debía tener pesadillas. Yo, en cambio, no quería que llegara el sol, y trataba de alargar la noche lo más que pudiera. Destapé sus tetas grandes en medio de la oscuridad y me pregunté por qué toda la vida no podía ser así.

Tania me despertó temprano por la mañana con un puñetazo en el hombro; andaba de buen ánimo. Yo también le correspondí, y tras todo el jugueteo previo hicimos el amor como si el mundo se fuese a acabar. Por veinte minutos no vi nada más que su pelo largo rebotando contra la almohada, y sus piernas y su lengua y sus manos enredadas con las mías.

Cuando terminé, el charco blanco se deslizó por todo su vientre. Busqué rápidamente algo con que limpiarla. Eché un vistazo a la pieza, no había nada, sólo estaban mis calcetines; no quedaba otra. La sequé lo más que pude y cuando terminé lancé el calcetín contra la pared.

- Me dieron ganas de dormir —dijo ella, con los ojos a medio cerrar—.

Le acaricié los pies mientras aún se mecían en el aire. No eran pies delicados, eran macizos al igual que el resto de su cuerpo. Pensé que, más que dormir *con* ella, tenía ganas de dormir encima de ella y adentro de ella, de consumirme y de no ser parte del futuro.

4

Las nubes se habían ido por completo, el aire estaba en extremo húmedo, el mar era brillante y nos encandilaba a los dos mientras caminábamos por la orilla. Nos dejamos caer en la arena como si hubiésemos andado kilómetros. Miré hacia mi espalda. La calle de ripio, los almacenes ruinosos, el cielo, las montañas verdes. También había pedazos de madera y aserrín dispersos en la orilla y girando en breves remolinos por el aire.

Recogí una piedra pome desde la arena y se la pasé por el antebrazo. Ella sonrió.

- ¿Te gustaría quedarte aquí conmigo, para siempre? —me preguntó—.

- No quiero.

Puerto Saavedra

En un momento de incertidumbre, o de sincera estupidez, mis amigos lograron convencerme para que entrara con a ellos a la universidad. Aguanté dos años en medicina veterinaria y abandoné la carrera con la promesa de buscar experiencias nuevas y trabajar en lo que me pusieran adelante. Trabajé de reponedor de multitienda, de taxista a media jornada, de bodeguero, de guardia, y de banderero en medio de la carretera; una inestabilidad emocionante y de la que aprendí mucho. Hasta el año 1992, en que el PRODAC me contrató para hacer controles veterinarios en Puerto Saavedra y los alrededores. Cuando el estado me ofreció una camioneta para mí solo, fue imposible decir que no.

Los niveles de pobreza eran como los de Angola o de Nigeria. No era una pobreza colorida, chillona y diversa, como la de las capitales. Aquí los campesinos se uniformaban en una sola pobreza húmeda, cabizbaja y contemplativa. Estoy seguro de que los únicos profesionales que se habían establecido allí, exceptuando a los médicos que iban y venían desde Temuco, era la joven familia Schmidt Vargas junto a un círculo de amigos que con el tiempo y las desavenencias se había reducido a sólo uno. Me caían bien. Todos eran ingenieros comerciales pero ninguno tenía trabajo. Aún así, su situación material y anímica era más que óptima. Incluso habían reunido la plata suficiente como para comprar

un jeep usado; un Samurai rojo que se pasaban de mano en mano cuando alguno quería salir a pasear. Vivían con los ahorros que habían acumulado durante los "tiempos de vacas gordas" (término que utilizaban para referirse a la dictadura) y recibían visitas ocasionales cada varias semanas; vehículos caros y brillantes, modelos del año que sorteaban con dificultad los agujeros en el camino y que se iban el mismo día en que llegaban. Pero insisto; a pesar de esas oscuridades en sus biografías nunca me dieron otra impresión que la de ser buenas personas.

Tomaré una noche cualquiera. Estaba tirado en mi cama rellenando un extenso informe sobre los ejemplares de vacunos sanos, enfermos y recuperados, cuando escuché una bocina como a una cuadra de distancia. Miré por la ventana. Frenaron delante de una polvareda que a los pocos segundos cubrió el Samurai por completo. Había sido un día agotador, había tenido que atender a cinco familias campesinas que vivían al final de rutas tan malas que hubiera sido mejor llevar la camioneta por encima de los cardos y las matas de murra. Embutí los papeles en el cajón, me puse la chaqueta y bajé corriendo la escalera.

El niño estaba sentado en las piernas de su mamá. Me saludó contento, como si yo fuese el viejo pascuero. Cuando arrancamos no les pregunté a dónde íbamos; al igual que yo se trataba de jóvenes alegres pero malos para conversar.

- ¿Cómo estuvo la pega, mi negro? —me preguntó ella—.

- El día, lindo. La pega, fome como siempre. Tuve que ir a Nehuentúe. Quedé empantanado, tuvieron que sacarme con bueyes. De hecho, llegué hace poco. No quería pasar la noche solo y aburrido.

- Mira tú. Pero aquí estamos; te vinimos a rescatar.

Cruzamos la única calle larga del pueblo. Pusieron un cassette de Guns N' Roses y sonaron las primeras notas de

Sweet Child O' Mine. Alzaron las manos y vociferaron la letra en un inglés que seguía bien el ritmo pero que a los oídos de cualquier bilingüe no significaba nada, lo cual era entretenido, pero me daba un poco de vergüenza ajena. Afuera transcurrían plazas pequeñas decoradas con palmeras y agaves, hileras de bares oscuros y anónimos donde los campesinos se enclaustraban a tomar durante días para desaparecer del mundo. Más allá, en la entrada del gimnasio municipal, vi a un anciano enfermo y cojo apoyándose con dificultad en las paredes, con una pierna cubierta de vendajes sucios, y una parka endurecida por el polvo en la que aún se distinguía el logo de los Chicago Bulls.

Todos, excepto Isidora y el niño, corrieron hacia las olas quitándose los zapatos en el camino y dejándolos tirados en la arena. Carlos ¿me ayudas, porfa?, dijo ella. El niño tenía un problema físico evidente, como si le hubieran fracturado las cuatro extremidades sin que sus huesos se hubiesen vuelto a soldar. Era como si estuviese hecho de goma. La ayudé a sostenerlo por los brazos mientras ella le sacaba sus zapatillas de los Thundercats.

- Qué es bueno este tío don Carlos —dijo el niño con fluidez—.

- No es para tanto —contesté, sonrojado—.

- ¿Ves? Te quiere. —dijo ella—. Incluso pregunta por ti cuando no te apareces por la casa. ¿Dónde está el tio? me dice.

Le miré las tetas de reojo. No eran grandes pero eran armoniosas, lo cual es todavía más importante.

Con ella no, pensé. Yo no soy así.

No pudimos encontrar ramas para armar una fogata, así que nos quedamos tomando cerveza alrededor del jeep. Subí al niño sobre mis hombros, y a pesar de que era alto, sentí que podía caminar con la misma libertad de antes. Era

demasiado liviano para su porte. Hacía su acto de presencia en esta vida con una cantidad mínima de carne.

Desde los parlantes sonaba una canción. No me gustaba mucho, pero la había escuchado antes en la radio.

- ¿Quiénes son? —pregunté, por decir algo—.

- Son los The Cure —contestó el marido—. Lo grabé hace poco. Ahí tengo varios discos.

- ¿Tienes el cassete? Es que me propuse renovar mi música —dije. Aunque sabía que, si me lo prestaba, de todos modos no lo iba a escuchar—.

- Por supuesto. Acuérdame más rato. Te puedo grabar el Desintegration, ese lo tengo en CD. También te puedo pasar el Faith.

- Yo traje los CD's de los Cure —agregó el amigo—, así que nómbrame en tus créditos, maricón.

- A mí me gustó ese que trajeron a principio de año —comentó la mujer—. Ese que era como con teclados. ¿Se acuerdan?

- Oye ya, mejor pongámonos de acuerdo —interrumpió el marido—. ¿Qué película vamos a arrendar mañana? ¿Qué nos falta por ver? Yo creo que ninguna.

- Mañana vamos a ver Mad Max —contestó la mujer, con tono de dar una orden—.

- ¿De nuevo?

- Sí. Al Javiercito le gusta.

- Sería la tercera vez que la arrendamos, ¿no crees que es como mucho ya? Se va a frustrar cuando crezca; cuando se dé cuenta de que no puede ser un patrullero de la carretera post apocalíptica —dijo, remarcando las letras en tono de burla—. Si apenas puede salir de la casa. No le hagas falsas ilusiones, lo vas a hacer infeliz.

Ella lo miró con cara de extrema reprobación.

- ¿Es verdad, o no? —insistió el marido—.

- Nos espera una larga conversación.

Poco después, el ambiente se relajó. Escucharon un cassete de Faith no More por ambos lados. Cuanto más borrachos se ponían menos hablaban y más cantaban. Lo hacían pésimo, fue interminable; se les olvidaba la letra en medio de los estribillos y se ponían a rellenar con palmetazos sobre el capó del Samurai. Ya veía que le pegaban con demasiadas ganas y le hacían una abolladura del porte de un puño. Ya veía el titular en los diarios; "hombre destroza vehículo y se fractura ambas manos mientras canta mal en inglés". El amor de Isidora por ese sub-humano me parecía un enigma.

La Isi debió haber sido mi esposa, pensé, y Javier mi hijo. En otra dimensión éramos una familia encantadora, a pesar de que no tuviera ni la paciencia ni los medios económicos como para tener una familia.

Me di cuenta de que me estaba tomando todo demasiado en serio. Para salir del aburrimiento, le ayudé al niño a levantar las manos al ritmo de la música. Él pareció animarse todavía más y de paso me ayudó a pasar una noche agradable al son de la cerveza barata, la música gringa, el mal inglés, y el eterno oleaje de fondo.

2

Era una mañana triste y húmeda. Tenía mi camioneta en el taller por el resto de la semana, así que tuve que subir caminando hasta la casa de los Schmidt. La cuesta era larga y empinada, y llegué con los pantalones embarrados hasta las rodillas. Ya en la recta final, divisé a Javier. Estaba sentado en el umbral de la puerta, jugaba con autitos y camiones que tenía dispersos en el barro. La ventana que daba al living (un vidrio de al menos 4 metros de ancho) aún tenía una trizadura que la cruzaba de un extremo a otro. Un pedazo grande ya se había caído, y habían tapado el agujero

con varias capas de cinta adhesiva. Me pregunté cómo, teniendo plata para viajar y para comprar películas a destajo, no tenían como para cambiar un vidrio.

- Hola Javier. ¿Están tus papás?

- Hola don Carlos. Salieron pero vuelven al tiro, fueron a comprar al almacén.

- ¿Y te dejaron aquí solo?

- No. Con el Max.

- ¿Quién es el Max?

- Mi bóxer atigrado. Me lo trajeron de Santiago. Se demoró como dos semanas en llegar. Lo mandaron por avión y luego por bus. Era así de chiquitito cuando llegó.

- ¿Y dónde se fue?

- Parece que se fue al bosque. ¿Me lo podría traer, por favor?

El chico tenía un lenguaje perfecto; casi afeminado, iba pensando, mientras me internaba en el bosque de eucaliptos que estaba detrás de la casa. Grité "¡Max! ¡¿Dónde estás?!". Los troncos eran altísimos, todo era sombras bajo las ramas, no había señales de Max. Sólo podía oír las hojas secas crujiendo bajo mis zapatos. Me sentí como en un cuento para niños; cruzaba el bosque para buscar a un perro mágico que me conduciría a través de una escalera invisible hacia un punto secreto entre el cielo y la tierra donde me daría las respuestas para el 26,3% de las grandes preguntas de la humanidad, tras lo cual yo quedaría, sino completo, al menos más tranquilo y, quién sabe, incluso predispuesto para la felicidad.

Max se acercó por entre los árboles. Era un perro de rostro feo pero amigable. Me agaché para recibirlo. Buscó mi mano y mordió mis dedos suavemente. Supuse que era su manera de saludar. Por instinto profesional revisé la elasticidad de su pellejo y el color de sus orejas. Parecía un ejemplar sano y bien hidratado; el primer animal completamente sano que veía en semanas.

- Buen perro, lindo perro. Sólo tú me entiendes, ¿cierto? Vamos a la casa. Te van a dar mucha comida.

El niño estaba en el mismo lugar de antes. Jugaba con un camión de plástico. Sus piernas eran tan delgadas como los brazos de una mujer y estaban torcidas en una postura imposible.

- ¿Este es tu perro? —le pregunté a Javier—. Está bonito. La próxima vez que viaje a Temuco le voy a traer un collar. También le podemos mandar a hacer una medallita con su nombre para que no se pierda.

- Aquí todos lo conocen. Si aquí no se pierde.

- ¿Sabes dónde puedo encontrar teléfono?

- Baje la cuesta. Al final doble por el camino viejo de ripio, y ahí va a encontrar una casa chica de madera, la que está recien pintada. Pregunte por doña Irma.

Me imaginé a Javier siendo alguien importante cuando grande, o al menos un profesional de renombre; un médico de esos que tienen la agenda copada con pacientes a quienes, independiente de su calidad, sólo les cae bien, o un ingeniero eficiente en su trabajo y humilde en sus aspiraciones. O al menos un político menor, uno de esos concejales gordos y bonachones que intervienen para pavimentar calles pequeñas por los que nadie entra jamás.

Eso, si es que llegaba vivo hasta los veinte.

3

Quise conocer un bar de Puerto, fui al más limpio que encontré. Tenía un nombre simplón y fácil de olvidar; "Donde Gonzalo". El interior parecía una cocina de campo, sus mesas estaban cubiertas con manteles de plástico y en el fondo había un televisor grande para ver los partidos nacionales. Una vieja flaca me dejó una botella de cerveza

y un vaso de vidrio. Le agradecí con timidez, sin disimular mi condición de afuerino. Los parroquianos casi no decían nada, sólo dos conversaban con palabras en voz baja a las que respondían con gestos de aprobación y golpecitos sobre la mesa. De fondo se escuchaba una ranchera evangélica sobre la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo al mundo, donde supuestamente limpiaría el pecado con su aliento; me costaba imaginar esa escena.

Comencé a sentirme cada vez más cómodo. El alcohol era ridículamente barato y nadie me molestaba, y yo no molestaba a nadie. Busqué el rostro de la mesera y ella me devolvió un saludo automático detrás de la barra. No sé si eso significaba que ya me aceptaba o lo contrario. Tampoco me importó. Había encontrado un refugio, un escondite donde soportar la soledad pero sin la compañía de nadie. Era contradictorio, pero funcionaba.

Esa noche Javier me mostró su pieza, estaba ansioso por hacerlo. Yo llegué borracho pero no se me notaba, o al menos eso creía. En las paredes tenía posters de todas las películas malas imaginables, desde la trilogía de Mad Max, pasando por Un Detective Suelto en Hollywood y Las Travesuras de un Lobo Adolescente, hasta películas como Los Goonies, Una Pandilla Alucinante y Los Gremlins 1 y 2. También había una repisa con figuritas de acción todavía sin sacar de sus cajas; pequeñas esculturas de plástico que representaban a actores norteamericanos que yo aún no podía identificar.

- ¿Cuál película es la que le más te gusta? —le pregunté—.

- Mad Max —respondió, acunado en los brazos de su madre—.

- Junto con el papá ya me tienen loca con tanta película y lesera —comentó ella, dándole un enérgico beso en la cara—.

- No es para tanto —respondí—, después se les pasa. Cuando chico yo era fanático del Oso Yogui.

- No creo que se le pase. ¿A mi marido se le va a pasar?, a este menos. Este es peor.

- A todo esto, su papá todavía no me presta los cassetes. Parece que habla y habla y no cumple.

- Sí —respondió ella—. Te los dejó en el living, arriba de la chimenea. Oye, ¿te gustaría quedarte a cenar?

- Quédate —rogó el niño—.

- Se dice quédese, no quédate. Respete a sus mayores.

- Eres muy tierna, Isi. Eres la mujer más adorable que he conocido en mi vida. ¿Te lo han dicho antes?

- Carlos, por favor —dijo ella, tapándose la boca—. El niño está aquí.

- Sí, tienes razón. Tengo hambre. Mejor invítame a comer.

La cena fue austera; arroz blanco con pollo y cebolla, y una gran bandeja con lechuga en el centro de la mesa. En sólo un minuto hice desaparecer la mitad de mi plato. Por alguna razón todo estaba delicioso, todo tenía un sabor simple y fuerte como debió haber sido la comida al principio de los tiempos. La madre le picaba el pollo a Javier y él se lo llevaba a la boca con los dedos. Algunos trozos se le resbalaban por el cuello y se estrellaban contra sus pantalones.

- Disculpa lo poco —dijo el marido—. Hace tiempo que no vamos a Temuco a comprar mercadería, así que sólo estamos con lo básico.

- Aparte que con las inundaciones —dijo Isidora—, el camino se lo pasa cortado. No sé como lo haces para viajar todas las semanas. Tienes suerte.

- Si quieren yo les traigo cosas de Temuco —respondí—. Me hacen una lista y se las traigo la próxima semana. No tengo problema. Puedo llenar mi camioneta con bolsas. La Isi me puede acompañar ¿cierto?

- Tú sabes que me encantaría, pero no puedo dejar solo al Javiercito. Pasando a otro tema; ¿te gustaría ir a un concierto? Conseguimos dos entradas para ver a Charly García pero no vamos a poder ir y pensamos que quizás tú quisieras tener una experiencia nueva. No sé.

- Mil gracias, pero no puedo alejarme de la pega por tantos días —mentí. La verdad era que detestaba Santiago, y el rock también. Y mucho peor el rock en español; no vislumbraba nada más penoso que un sudaca con guitarra eléctrica—.

- Piénsalo bien. Nosotros fuimos a ver a Rod Stewart hace poco. Amor, ¿te acuerdas que tuvo que subir a un guatón al escenario para que le tradujera el saludo? Ni siquiera sabía cómo se llamaba Chile.

- Hicimos una cola como de un kilómetro y medio para entrar —dijo él—. Pero al final estuvo bueno. Los gringos trajeron sus propios sonidistas y así obviamente la huevá funciona.

- Tanto concierto que nos perdemos por vivir lejos —agregó ella, suspirando—.

- Es cierto. Apenas tengamos la oportunidad nos vamos a cambiar a una ciudad grande, con más vida cultural.

Isi llevó a Javier a su pieza. En ese minuto a solas, él trató de proponerme un negocio. Me contó que el trabajo que más le había gustado en la vida había sido en una tienda de discos en el sector oriente de Santiago. Se llamaba la "MegaRox" y para él fue algo así como el paraíso. La tienda sólo manejaba exclusividades; equipos de música y video que importaban directo desde Estados Unidos y también discos y películas que estaban a meses o años de llegar a las vitrinas chilenas. Vender productos cuyos nombres eran difíciles de pronunciar, y que además eran imposibles de conseguir, le había otorgado un aura de respeto que nunca más había vuelto a tener, y que me volvía a relatar con una ingenua nostalgia.

- Ahora, a nosotros con la Isidora, se nos ocurrió esta idea loca de importar equipos de música y lectores láser disc por cuenta propia. Tenemos los contactos, sólo nos falta el capital. Conocemos un amigo que trabaja en un Techno-Store de Miami y el próximo año queremos vender aquí en el sur, queremos despachar a pedido. ¿Qué te parece? Te lo digo porque nos gustaría que estés con nosotros en esto. Puede ser una buena oportunidad para ti, que estás recién empezando.

- Ahora estoy ahorrando para optar a una casa propia —mentí otra vez—. Además, en este momento de mi vida lo que más me falta es plata —eso sí era verdad—.

- No importa. Puedes ayudarnos con la camioneta, puedes encargarte de la logística, llevar los equipos de acá para allá, cosas así. Pero no te demores mucho, tú sabes que las oportunidades son ventanitas que se abren y se cierran así de rápido—agregó, intuyendo mi negativa—. Cambiando de tema, ¿sabes? —dijo, como evocando algo desde adentro, como haciéndo una introspección—. La última vez que fui a Santiago me mostraron el video de un bajista que toca el fretless con un alicate. Lo hace con una sutileza que es para morirse.

- ¿Y qué es un fretless?

- Es un bajo sin trastes, tiene un sonido continuo entre nota y nota. El punto es que este tipo toma un alicate y hace una canción hermosa, de verdad hermosa. Difícil. Es como tomar un mazo y pegarle a una roca y así y todo sacar un ritmo de balada. ¿Te imaginas? Bueno, George Krakapulos hacía algo por el estilo; era un guitarrista de los sesenta que tocaba la guitarra con un arco de violín quince años antes de que Jimmy Page lo hiciera. Ahora nadie se acuerda de él porque, obviamente, no tocó en Led Zeppelin. Ando interesado en instrumentos no tradicionales puestos en bandas de rock; violines, flautas, cantantes líricos. Me di cuenta de que ahí tengo todo un mundo nuevo por explorar, y donde todavía no he entrado.

- Qué interesante.

-Así es —dijo, convencidísimo—.

Fui a la pieza del niño. La puerta estaba abierta, se oía el ruido de explosiones sucesivas y de vehículos estrellándose. Toqué un par de veces para no entrar por sorpresa. Javier estaba cubierto con frazadas hasta el cuello. Dormía, pero respiraba agitado como si el aire no le llegara hasta los pulmones. Su mamá le había puesto Mad Max 2 para que se distrajera del dolor. La pantalla brillaba furiosa sobre sus ojos cerrados.

- No es nada grave —dijo ella, haciéndole cariño en la frente—. Tiene períodos malos.

- Si quieres, los vengo a ver mañana.

- No Carlos. Pasa. Estás en familia.

Mel Gibson caminaba por el desierto con una chaqueta de cuero negra y una pistola de curvas extrañas. Max, el perro, saltó hacia la cama, y tras olisquear la cara de Javier se acomodó haciéndose un ovillo sobre sus piernas. Revisé sus encías con mis dedos. Estaban pálidas. Su mirada era lacónica y en general se notaba más débil.

- Le voy a traer un multivitamínico al perro. Lo necesita.

- ¿Y cuánto sale eso? —preguntó ella, preocupada—.

- Nada. Es gratis. El gobierno me pasa cajas y cajas de multivitamínicos. Se me terminan pudriendo. Te voy a traer varios para que tengas.

- Javiercito tiene razón. Eres bueno.

Sin aviso, me acerqué a Isidora y le di un beso en los labios.

- ¿Por qué? —me dijo—.

Me acerqué y la besé de nuevo.

- No vuelvas a hacer eso—repitió—.

Trató de apartarme con las manos hasta que su resistencia fue nula. Sólo escuché los disparos que salían del televisor y los neumáticos chirriando a través del desierto.

Supe que perdía una amiga, pero que ganaba un beso que valía cada segundo en oro.

- Perdón —le dije—. No quise hacerte daño.

- Ándate.

Ya era de noche, el cerro estaba oscuro y no podía bajar caminando, así que su marido me prestó el Samurai sin ningún reparo. Para que nuestro Carlos no se nos pierda en el camino, me dijo. A lo lejos, en la ruta a Carahue, había tres puntos rojos y una larga columna de humo negro que se disipaba hasta las nubes. Debía ser una barricada en el camino a Carahue, o una balacera en algún predio lejano. Ya no podía salir de Puerto Saavedra, no sabía a dónde ir y todavía era temprano; quizás iría por un rato a la costa. Encendí el motor.

Las hojas y los arbustos se juntaban sobre el techo formando un túnel oscuro. Daba la impresión de que el túnel se haría tan angosto que el jeep quedaría atascado entre el barro y los matorrales. Al terminar la cuesta, por fin pude ver el horizonte otra vez y los últimos suspiros del sol a eso de las nueve.

Un campesino me hizo dedo. Era un anciano alto y flaco. Frené sobre el barro. Andaba con una malla de papas que acomodó sobre sus pies.

- ¿A dónde va? —le pregunté—.

- A Puerto Domínguez voy yo.

- ¿A esta hora? Pero si ya no pasan buses. ¿Qué va a hacer a esta hora? Yo lo iría a dejar, pero el vehículo no es mío.

- ¿Qué cosa?

- Que el vehículo no es mío, es de un amigo.

- ¿Y usted va para Puerto Domínguez?

- No caballero, no voy para allá. Lo puedo dejar en el paradero si quiere. Ahí paran autos, ahí lo van a llevar. Siempre pasan a esta hora.

Mentí otra vez. En pocos instantes estaríamos a oscuras. Nadie lo llevaría durante la noche, y yo lo sabía.

Javier y la Virgen

Según el plazo indicado por el doctor, el joven Javier Schmidt Vargas se había recuperado completamente de su úlcera. Así que para terminar con su dieta de manera oficial, decidió entrar en el primer local de comida rápida que encontró. A esa hora la única mesa disponible estaba ocupada por varios empleados municipales que se habían alejado del bullicio del centro. Javier dejó sus muletas apoyadas contra la pared y se dejó caer en una silla aparte. Por dentro, el local lucía como un baño amplio y bien aseado, precariamente decorado con posters de Coca Cola. Javier dedujo que los únicos atractivos del local eran su ubicación y la chica que estaba detrás de la caja registradora. Su piel era tostada y oscura, y sus ojos eran verdes; un verde tan claro como el pasto que recién se asoma por sobre la tierra; un contraste que Javier no había visto nunca antes. Su pelo era largo y eléctrico, más bien desordenado. Sus manos eran pacientes y eficaces, ajenas a los movimientos frenéticos que revelan la estupidez. Andaba con un buzo gris y motudo que no conseguía disimular en nada el atractivo de sus curvas suaves como dunas. Javier recordó que necesitaba una mujer así, que necesitaba unas manos como las de ella, unos brazos como los de ella, un cuello y unos hombros como los de ella. Pero a pesar de eso no hizo nada. Se limitó a mirarla sin ansias ni rencor; como a una fogata en medio de la arena.

Su celular vibró. Era un amigo de la escuela. Le preguntó con urgencia dónde se había escondido. La directora había programado una reunión para las cuatro de la tarde; o sea hace diez minutos atrás. Se lo habían dicho durante la mañana pero lo había olvidado. Se volvió a afirmar en sus muletas. Vanesa trató de no mirarlo pero lo hacía de manera persistente a través de los espejos en las paredes. No lo podía evitar.

2

El domingo en la noche, Javier fue a un bar sucio y descuidado en cuyo interior había tarros de petróleo a modo de mesas y troncos a modo de de sillas. Sus ex compañeros de universidad le hicieron señas y Javier se unió al círculo.

Esa noche, como todas las demás, hablaron de la fiesta mechona del 2002, de cuando siguieron bailando entre los carabineros que iban y venían para constatar una violación en los baños del gimnasio, de cuando se quedaron dormidos y borrachos en las graderías, y de la guerra de pelotas de básquetbol que se desató a eso de las cuatro de la madrugada. Trajeron cinco cervezas más. Sus amigos hacían gestos grandilocuentes con las manos para magnificar las mismas historias de siempre. Normalmente Javier disfrutaba de esas conversaciones; le permitían sacarse todo el estrés de la semana y olvidarse de sus tareas pendientes. Pero se dio cuenta de que estaba ahí dándole vueltas a algo que había pasado hace nueve años atrás. Nueve años; tiempo suficiente como para haber reconsiderado qué carrera estudiar, o quizás como para haber encontrado una mejor escuela. Para haber conocido amigos nuevos, o incluso para haber postulado a una beca y así haberse ido a Estados Unidos por un tiempo. Sabía inglés y con su experiencia no le hubiese sido difícil ganar una beca. Podía haber postulado durante

cualquiera de los cientos de fines de semana en los que había estado perdiendo el tiempo de esa manera. Nueve años era mucho tiempo, demasiado.

Vanesa estaba a dos mesas detrás de él. Lo miraba directamente, lo miraba de manera inconfundible entre las decenas de siluetas que pasaban y se perdían al interior del bar. Javier dejó el vaso sobre la mesa, el humo de cigarrillo le molestaba cada vez más; era una niebla seca y caliente que circulaba a la misma velocidad del tiempo y que le hacía arder los ojos y la cara. Disculpen, tengo que levantarme temprano, dijo. Agarró sus muletas, se despidió con un gesto rápido y se fue a zancadas hacia la salida. Sus amigos intercambiaron miradas de perplejidad y no pudieron deducir por qué se había ido tan temprano.

El lunes era el día de los quintos básicos. A los alumnos del Quinto C Javier les llevó una guía titulada "Diego de Almagro y sus travesías por el nuevo mundo". Repartió la guía y esta vez se esmeró en pasar puesto por puesto revisando el avance de cada niño. 3 niños respondieron toda la guía. Al llegar a la sala del Quinto H se dio cuenta de que los alumnos estaban haciendo una completada; en el piso había tanta mayonesa como sobre las bandejas y los niños se dedicaban a comer los ingredientes con la mano y a salpicarlos hasta donde les alcanzaban sus fuerzas. Javier se dedicó a pasar las notas desde su computador hasta el libro de clases. Dos niños en la primera fila se pusieron a hacer gárgaras con mayonesa. Javier creía que no se podía hacer gárgaras con mayonesa, pero por lo visto se podía.

Al tercer curso de la mañana Javier les trajo una película acerca de la revolución francesa. Luego de varios intentos fallidos, no pudo conectar el televisor con el DVD. Mandó a llamar a un auxiliar y estuvieron amarrando los cables pelados y probando el televisor durante veinte minutos hasta que por fin lograron tener imagen.

Los niños jugaban con sus celulares mientras Danton le hablaba a la multitud antes de ser guillotinado. Javier corregía las pruebas que se le habían ido acumulando durante el mes anterior. Sus movimientos eran rápidos y nerviosos, le costaba concentrarse. Los números se atropellaban en su cabeza y las notas salían por abdicación más que por otra cosa. Se detuvo un segundo a descansar. Afuera, en la vereda, había una mujer de buzo gris esperando la micro; podía ser ella como podía no serlo. No lo quiso saber. Tomó el lápiz y continuó trabajando.

3

El martes era el día de los terceros medios. Javier dejó sus muletas apoyadas contra la pared y se sentó frente a la mesa del profesor. Abrió el libro de clases y durante el resto de la hora se dedicó a rellenar los contenidos y firmas que le faltaban. Los adolescentes se dieron cuenta de que no habría clases y a los pocos minutos las bolas de papel comenzaron a volar por el aire. Una de ellas rodó directo hasta la mano de Javier, quien la botó al suelo con un soplido.

La sala del Tercero medio F estaba a medio llenar. Los asientos vacios y los pocos alumnos daban una frágil sensación de paz que podía quebrarse en cualquier instante. Luego de pasar lista, Javier hizo una clase expositiva sobre la organización política de Chile y el sistema bicameral, la democracia en el mundo y la crisis de representatividad en los países desarrollados. Se desvió del tema y terminó hablando con entusiasmo y convicción acerca de cómo las grandes ciudades habían sido construidas por el arte, por la imagen que tenemos de ellas y no por lo que realmente son; Paris, Roma, Buenos Aires, Londres, Nueva York, Berlín, Sao Paulo. Afirmó que los últimos seis minutos de la película Manhattan, donde Woody Allen corre por las calles para reencontrarse con Mariel Hemingway, podían haber sido

filmados perfectamente en Santiago, frente al ex congreso nacional, y que era cuestión de tiempo para que un buen director de cine, o quizás un buen escritor de novelas, se fijara en Temuco o en Valdivia o en Punta Arenas para hacer un gran retrato del sur del mundo; algo novedoso y representativo que pudiese integrar a las bellezas de la zona con la cultura pop. Según Javier, la historia de la ocupación de la Araucanía ya era material suficiente como para filmar un western de bajo presupuesto pero de gran éxito de taquilla.

- ¿Alguna consulta, duda, comentario?
- Profesor.
- Dígame.
- Estoy aburrido, me quiero ir.
- Ya. ¿Y por qué mejor no te vas a la chucha?

El liceo no lo despidió por tratarse de un discapacitado; tenían miedo de sufrir algún revés legal que no podían enfrentar. Javier asumió su nueva condición de paria más bien con alivio, cumpliendo con sus tareas al mínimo, marcando tarjeta para ver cómo los adolescentes transformaban sus guías en jirones de papel que se deslizaban lentamente por el aire, en pelotas que rebotaban contra sus brazos y piernas, y en aviones que se estrellaban contra el suelo apenas despegaban.

Continuó en el liceo hasta julio y renunció en agosto, una vez que volvió de vacaciones de invierno. Para matar el tiempo, y darle un giro a su vida que estuviese de acuerdo a sus nuevas expectativas, compró un dominio en internet y diseñó un sitio web donde la gente podía intercambiar películas y libros, y también llegar a conocerse en persona si es que sus gustos coincidían. La idea era buena, pero el diseño de la página era torpe y anticuado, y el formulario de inscripción era largo y burocrático; constaba de varias etapas en las que el usuario debía exponer sus gustos en materia de películas, estilos de vida, profesión, religión y política.

Llegó a tener quinientos usuarios de los cuales cien hacían al menos un intercambio a la semana. A los tres meses el sitio dejó de dar pérdidas y comenzó a estabilizarse con la presencia de publicidad regional. La idea lo entusiasmó como ningún otro proyecto hasta entonces, pero sus ingresos no le alcanzaban ni de lejos para lo básico; sus ahorros se estaban acabando y no tenía a quién más pedirle plata; su familia se había dispersado tras una seguidilla de inversiones mal hechas. Su madre había regresado a Santiago a vivir con su abuela y su padre vivía solo en Puerto Saavedra, sin más compañía que dos perros viejos y un huerto de subsistencia. Javier vislumbró la posibilidad de tener que volver a clases y nuevamente cayó en la ansiedad.

4

Tras agobiarse durante varios días con preguntas culpables, seguimientos a hurtadillas y conclusiones sin sentido, dio con la dirección exacta del lugar donde ella pasaba la mayor parte del tiempo. Era una gran bodega de cemento con un letrero blanco que decía "Iglesia Evangélica Pentecostal: Cruzada Misionera".

No parecía una parroquia; en realidad ninguna lo parecía. Cuando Javier entró, recordó las parroquias que había visto en su infancia en Puerto Saavedra, Carahue y Tranapuente, y concluyó que todos esos galpones, que bien podían usarse para almacenar paja o guano, jamás encajarían en su idea de lo sagrado.

- Joven, ¿necesita ayuda? —le preguntó el pastor mientras él buscaba un asiento—.

Javier se confundió; no supo si se refería a Dios o las muletas

- Sólo vine a meditar un rato. Estoy pasando por un momento especial.

- Pero no ande paseando tanto. No quiero que me siga llenando el piso de barro. Estoy limpiando hace más de media hora y no tengo ganas de barrer de nuevo —le advirtió el pastor—.

En el escenario había un gran telón blanco con un dibujo infantil de Jesús hablando frente a varios animales de granja que lo escuchaban a sus pies. También había una guitarra electroacústica, una batería a medio desarmar, dos parlantes de retorno y un ramillete de cables que cruzaban todo el pasillo. Vanesa se subió a recoger papeles botados y a echarlos a una enorme bolsa de basura. En un reflejo de vergüenza, Javier agachó la cabeza y se puso a rezar. El pastor lo miró con suspicacia, Javier se dio cuenta. Sintió miedo. Intuyó que quizás, a diferencia de las catedrales católicas, no era común que alguien entrara a una parroquia fuera del horario de culto. El pastor caminó hacia él, Javier cerró los ojos y anticipó todas las situaciones incómodas sin concebir ninguna salida.

- Joven, ¿de casualidad usted conocerá a algún profesor que haga clases particulares?

- ¿Qué cosa? ¿Clases de qué?

- ¿Pero conoce o no? Dígame primero.

- Conozco a varios.

Javier no supo si seguir oteando el ambiente en busca de alguna amenaza o si arrojarse de inmediato sobre esa oportunidad. Supo que ya no habría otra.

- Yo soy profesor —confesó Javier—. Pero de historia.

- Mire qué bien. Esta es re mala para la historia. ¡Hija, venga para acá!

- ¿Necesita reforzamiento? ¿En qué curso va?

- Debería ir en octavo básico, pero sólo llegó hasta cuarto.

- ¿Qué edad tiene?

- Cumplió catorce. ¿Cierto que se ve grande?

- ¿Catorce?

Javier se afirmó en sus muletas y se fue a saltos hasta la salida. No escuchó ninguna otra palabra del pastor o no quiso escucharlas.

El sol de invierno contrajo sus ojos de un sólo golpe. Se tropezó varias veces en el camino pero no cayó. Olvidó su obligación de ahorrar y abordó el primer taxi que pasó por la calle.

Cuando llegó a su casa, hurgó en su colección de VHS y DVD y preparó una maratón de cinco películas para lo que quedaba de la tarde. Eligió títulos de Brian DePalma, Jean Luc Godard y Roman Polanski. Destapó tres botellas de vino, bebió la tercera hasta la mitad y se quedó dormido a eso de las una de la noche, mientras la pantalla brillaba furiosa sobre sus ojos cerrados.

5

Javier decidió repotenciar su negocio y gastó todos sus ahorros en una camioneta; una Chevy del 94 que tenía el parabrisas trizado y las terminaciones oxidadas, pero cuyo motor rugía sin contratiempos. Publicó en su sitio web un nuevo servicio de "mediación de intercambios y entrega a domicilio"; por una pequeña suma, él mismo tasaba los objetos a cambiar y además los iba a dejar a la puerta. Pasó de ganar 15 mil pesos a ganar 20 mil pesos semanales por concepto de avisaje, y durante el resto del mes las ganancias se estabilizaron en 18 mil pesos a la semana. Aún así, en el mejor de los casos, un sueldo de 72 mil pesos mensuales era más que insuficiente como para vivir con holgura.

El hambre lo llevó hasta una cuadra del Liceo Alonso de Ercilla con un currículo en la mano. Antes de cruzar la calle, vio un tacho de basura al lado suyo, lo pensó seriamente por un segundo, rajó el currículo en varios pedazos y lo empujó bien al fondo entre las latas de cerveza. Se devolvió aliviado.

Afuera llovía como si se estuviera descargando toda el agua del invierno. Javier almorzaba pollo frito con arroz blanco, cuando sonó su celular. Era un número fijo que no conocía. No lo sorprendió; solían llamarlo números desconocidos; usuarios con preguntas del sitio web o con problemas puntuales derivados de transacciones confusas.

- ¿Aló?

- ¿Profesor? ¿Con el profesor Javier Schmidt? —preguntó la voz de un adolescente, quizás un niño—.

Profesor. Cada vez lo llamaban menos de esa manera. No se extrañó de escuchar la palabra varias semanas después de haber renunciado. No podía romper de la noche a la mañana con su oficio; primero, debía estar dispuesto a forcejear con paciencia mientras la pedagogía daba manotazos de ahogado durante años, hasta que algún día muriera definitivamente.

- Con él —respondió, sin ganas—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

- Hola. Habla con la hija del pastor. ¿Se acuerda?

Javier había imaginado todas las variaciones posibles de esa primera conversación, pero nunca una llamada telefónica.

- Sí —contestó, sorprendido—. Dime; ¿en qué te puedo ayudar?

- Disculpe si mi papá estuvo muy pesado el otro día. Es que se pone raro cuando llegan no-cristianos a la parroquia. Piensa que lo vienen a observar, o a acusar, qué se yo. Él siempre piensa que la gente lo está juzgando.

Era la primera vez que la oía hablar tantas palabras de corrido. Notó que ella tenía una voz masculina e inmadura, como la de un adolescente sensible pero seguro de sí mismo.

- No te preocupes, así son los papás. Y cuéntame; ¿a qué debo tu llamada?

- Quería hablar algo corto con usted. Estoy en la calle. No ando con muchas monedas.

Javier se asomó por la ventana. Ella estaba en una cabina de teléfonos, a sólo media cuadra de su casa. Andaba con la ropa de siempre y una mochila celeste. Lo saludó moviendo su mano detrás de los peatones y la lluvia.

- ¡Entra! —dijo Javier, contento—. Por favor, ven. Hace frío afuera.

- ¿Qué cosa? ¿Ir a dónde?

- Aquí. A mi casa.

- ¿A su casa? ¿Dónde queda su casa? ¿Por qué tengo que ir?

Javier miró hacia afuera de nuevo. En la cabina había una señora con el mismo pelo de Vanesa. La mujer lo miró de reojo y continuó hablando por teléfono.

- Nada, no importa. ¿Qué me decías?

- Mi papá me mandó a decir que lo disculpara. Conoce al director del liceo donde usted trabajaba y le dieron buenas referencias suyas, dijeron que era buen profesor. Lo llamo porque necesito quince horas de clases a la semana, o diez. Ya no me acuerdo. Necesito prepararme para dar exámenes libres. ¿Usted puede?, ¿tiene tiempo?

- Sí, por supuesto. Cuando quieras.

- ¿Está seguro? ¿No quiere discutir el precio con él?

- No. No es necesario.

- Ya. Yo le digo que...

La comunicación se cortó. Javier repitió su nombre varias veces. Dedujo que se había quedado sin monedas y colgó el teléfono.

No supo por qué lo recordaban de esa manera en su antiguo liceo. Le pareció raro que guardaran una imagen positiva de él; no había tenido un buen desempeño, él más que nadie lo sabía. Pero por otro lado, nadie estaba al tanto de lo que pasaba al interior de las otras salas. Quizás los demás

profesores perdían la calma nueve o diez veces al año y lo suyo había sido un traspié mínimo, una explosión pequeña y esperable. También cabía la posibilidad de que ella hubiese inventado una historia sólo para llamarlo. Eso tenía más sentido; hace tiempo que había logrado dar con su número, y seguramente también con su profesión. Pero su desempeño ya era un área demasiado problemática y lejana. Le daba señales inequívocas de que ella lo necesitaba tanto como él; supo que debía interpretar esas señales correctamente; abrazarlas sin condiciones, no cuestionar nada más que su propia flaqueza para pasar de la inmovilidad a la acción. Debía ponerse de pie.

Javier se bajó de la camioneta y avanzó a saltos hacia la parroquia. En pocos segundos quedó empapado hasta los calcetines. Tocó la puerta. La lluvia mojaba su cara, se pasó la mano para sacar las gotas de sus ojos. Tocó con más fuerza, pero nadie salió a atenderlo. Caminó a zancadas hasta el local de comida rápida, sin mirar los charcos de agua donde hundía sus pies hasta los tobillos. A media cuadra pudo ver que el local estaba abierto. Las luces seguían encendidas y la cocina echaba abundante vapor hacia la calle. Las mesas estaban vacías, el mal tiempo había espantado a los clientes. Imaginó que soltaba sus muletas y que las dejaba caer sobre el barro, que volvía a soldar los huesos de sus piernas con un sólo retorcijón, que se erguía como un atleta en la zona de salida y que se echaba a correr con los pasos de un caballo, haciendo explotar el agua sucia bajo sus pies.

Avanzó lentamente sintiendo una punzada en la rodilla derecha. Había forzado sus piernas en exceso. No era un gran dolor pero estimó que se agudizaría durante la noche. Vanesa sacaba las cuentas del día en un cuaderno viejo. Cuando lo vio acercándose, hizo un gesto indefinido que podía significar temor, sorpresa, compasión, felicidad, o cualquier cosa.

- Un café —pidió Javier—.

- ¡Profesor! —gritó el pastor, desde la cocina—. ¿Cómo está?

- Su niña me llamó, así que aquí me tiene.

- ¿Está seguro? —gritó el pastor, asomando su cabeza desde la cocina—. ¿Ella lo llamó?

- Cien por ciento seguro.

- Qué bien. Ni siquiera comienzan y ya está aprendiendo.

- ¿Y por qué le llama tanto la atención?

- Cuando no entra en confianza, esta no habla; se queda muda. Mija; dígale algo.

- No —dijo Javier—. Para qué. No la obligue. Sólo vine a saber cuándo empezamos con las clases. Se nos cortó la llamada, no nos pudimos poner de acuerdo.

- Yo puedo mañana —dijo ella—. Lo más temprano que usted pueda.

- ¿Segura? ¿No te molesta levantarte temprano?

- Estoy acostumbrada. Aquí me obligan.

- ¿Vio? —dijo el pastor—. Ya se enojó de nuevo. Si esta es así. No le haga caso.

Javier se fue a su pieza sin ganas de dormir. Destapó la última botella de vino que le quedaba y se quedó sonriendo en medio de la oscuridad, enumerando las imperfecciones de la madera, tratando de captar el ritmo de las sombras de las ramas en la pared, y descifrando los ladridos de perros que intentaban comunicarse en puntos diametralmente opuestos de la ciudad.

A las 7:31 de la mañana ya estaba vestido y sentado en el living. A las 7:50 se agarró la cara con ambas manos y se lamentó de haber creído que ella vendría hasta su casa. A las 8:05 se sacó los zapatos y prendió el televisor. A las 8:10 fue a preparar un café y un pan con mantequilla. Se dio cuenta de que no le quedaba pan.

En eso, alguien tocó la puerta.

Javier la abrió. Vanesa llegó con una parka gruesa y una capucha peluda como de esquimal. El frío transformaba su aliento en abundante vapor que se disipaba en el espacio vacío entre los dos.

- Llegué —dijo ella, levantando sus manos—.

Javier le bajó la capucha y tocó su rostro. Ella dio un paso atrás con cara de ofendida.

- ¿Pasa algo? —preguntó él—.

- No. Nada —respondió ella, desconcertada—.

Vanesa se colgó de su cuello y los dientes de ambos chocaron en el aire. Se dieron un beso torpe y rápido como si se hubiesen succionado mutuamente el veneno de una herida.

- ¿Quieres entrar? —preguntó Javier, indeciso—.

Vanesa dejó su parka secándose frente a la estufa a leña. Se sentó en el sillón y lo miró fijamente, examinándolo como a un perro de dos cabezas.

- ¿Tengo que tener miedo? —preguntó ella—.

- ¿Piensas que quiero hacerte daño?

- Eso debe pegar fuerte —respondió Vanesa, señalando la muleta—.

- Exacto. Te puedo romper varias vértebras con esto.

Ella sonrió.

- Disculpa —dijo Javier—. No sé de qué conversar. No tengo visitas muy seguido.

- Entonces hablemos de gatos. Yo tengo cuatro. Se llaman Lupe, Florencia, Copito y Josefina. ¿Te gustan los gatos? Tengo varias fotos en mi celular. Si quieres te las muestro.

- Yo tenía dos pero me los comí. Con el pellejo aproveché de hacerme una bajada de cama y un limpiapiés.

- Qué eres tonto —dijo ella, sonriendo—.

Durante el resto de la mañana se quedaron acurrucados en el living, mirando programas de televisión fomes con risas pregrabadas. Cada vez que Javier le daba un beso sentía un olor dulce y ardiente saliendo de su nariz pequeña; eran las ganas y las expectativas sin límites, el alma pero sin las decepciones de pasillo que la adiestran y deforman. El aroma de todo lo opuesto a la muerte.

Cuando ella se levantaba en calcetines para ir a la cocina o al baño, Javier miraba su cuerpo de reojo. Ahora que lo tenía al alcance, su cuerpo no era lo único que le atraía; también estaba su pelo. Sin ser frondoso, era enmarañado y difícil de acariciar. Podía estar escrutando sus mechas durante horas sin aburrirse, separando una hebra de otra para que al final todo quedara como antes, avanzando en la oscuridad sin nunca llegar a nada.

También consideró que, lo más probable, era que los siguientes años de su vida los pasaría sin ella, en ese mismo sillón raído, afirmándose en cualquier idea insignificante como tabla de salvación. Después del idilio, todo volvería a ser como antes; no tenía razones para esperar lo contrario . ¿Por qué no me muero ahora mismo?, pensó.

Vanesa se fue al mediodía, dejándole un sándwich de pollo para que así al menos tuviera algo que almorzar.

- ¿Lo trajiste para mí? —preguntó Javier, apoyado en su muleta desde el umbral de la puerta—.

- ¿Realmente quieres saberlo? —contestó Vanesa, desenredando el cable de sus audífonos—.

Javier quedó a la expectativa.

- Lo traje especialmente para ti. Está un poco revuelto porque me vine corriendo. Pero está bueno. Así que no quiero escuchar quejas.

- Nos vemos mañana.

- Cuídate. Y no hagas leseras.

Se vieron sin interrupciones durante todo el mes. Cuando entró en confianza, Vanesa dejó que la tocaran debajo de la polera y los pantalones, pero todavía sin sacarse la ropa. Él aprovechó para recorrer los contornos de sus tetas y las apretó durante horas hasta reconstituirlas por completo en su imaginación.

Después de esas sesiones, Vanesa parecía perturbada. Quedaba con su ropa abierta, con el buzo a medio quitar y con la cara como si hubiese visto un fantasma.

- ¿Por qué no terminaste la escuela? —le preguntó Javier—. ¿Te pasó algo cuando estudiabas?

- No. Fue porque me aburría. Eso. ¿Tú no te aburrías cuando dabas clases? —preguntó ella, acomodándose en el sillón—.

- No me aburría mucho. Pasaba lista, abría el computador, me metía a internet. Trabajaba en mis proyectos. Miraba a la calle esperando a que pasara la hora. Me ponía a hacer otras cosas; igual que ustedes. Ahora otra pregunta; ¿qué piensas de tu papá? ¿Eres cristiana? ¿Crees en Dios?

- No me gusta la manera en como mi papá ve la religión. Para él es como un pasatiempo; ahí al menos tiene una parte donde habla y donde lo escuchan. A mí me da la impresión de que en realidad no cree en Dios, de que lo hace para sentirse acompañado. Qué feo, porque las viejas sí creen. Yo creo, y por eso no lo soporto. Es un cínico.

- ¿Pero tú crees o sólo quieres creer?

- Quiero creer tanto, que a veces ya creo de verdad. O sólo creo que ya creo de verdad.

- Me perdí.

- Es como cuando ves a un hombre por ahí y él es perfecto en todo sentido, y quieres que él te guste, y él te quiere demasiado, y te esfuerzas por enamorarte y a ratos te convences, y a ratos de verdad piensas que estás enamorada —agregó, haciendo el gesto de arrancarse el corazón—.

Pero después pasa algo y te acuerdas que no. Pero sigues y sigues y sigues. Y puedes seguir así por años, décadas queriendo convencerte.

- ¿Y qué sientes por mí, ahora? Mejor no contestes. Piensa que tenemos muchas cosas por ver, sobre todo a ti más que a mí. Dime; ¿alguna vez has viajado en avión?

- No.

- ¿Alguna vez has estado en el desierto?

- No. Tampoco.

- ¿Alguna vez has visto una aurora boreal, en vivo? ¿Has visto algo así?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

- ¿Ves? Nos queda harto por conocer. Si el único motivo de por qué vivir fuesen los lugares que todavía nos faltan por ver, la vida ya valdría la pena.

A la mañana siguiente, Vanesa no llegó. No llamó para avisar que faltaría. Tampoco lo hizo el día después ni el subsiguiente. Javier fue al local de comida rápida para averiguar algo de ella. Cuando estuvo a pocos metros de entrar, una cajera, que no era Vanesa, lo miró por el rabillo del ojo y partió acelerada hacia la cocina. Javier creyó que había ido a buscar al pastor y a los otros hombres de la familia, que estos lo afirmarían con fuerza y que lo azotarían a fierrazos contra el estómago y la cara. Se dio media vuelta y se alejó con miedo.

Se quedó en su casa tratando de componer una rutina, administrando la página web y haciendo mejoras pequeñas en el sistema. Pero fue inútil; la ansiedad y el insomnio dispersaron su atención en la pantalla, en él mismo y en todo lo demás.

Dos semanas después de su última visita, Vanesa tocó la puerta durante varios minutos hasta que escuchó la muleta de Javier saltando a través del piso de madera.

- ¿Qué te pasó? —preguntó ella—. Andas con cara de trasnochado.

- Me quedé viendo tele hasta tarde. ¿Cómo estás? ¿Cómo te ha ido?

- Tú me habías dicho que no te gustaba ver tele.

- Ya ni me acuerdo de lo que dije.

- Te vine a buscar. Mi familia está de viaje, me dejaron a cargo. ¿Quieres acompañarme por un rato mientras yo atiendo?

- Qué va a pensar la gente.

- Lo que quieran. Estamos conversando de historia. ¿En qué íbamos?

- Me gusta esa actitud.

- ¿Qué quieres hacer entonces?

- Entra. Me ducho y después salimos.

Vanesa se quedó esperando en el sillón mientras Javier se duchaba. Se tiró de espaldas sobre el sillón y le extendió los brazos a un amante imaginario que concentraba todas las virtudes masculinas sin ufanarse de ninguna, más un justo grado de torpeza que lo hacía tierno y humano, y un sentido del humor atrevido que la pudiera arrancar de la monotonía. Y que no era ningún hombre en particular: ni Javier, ni su padre, ni sus amigos, ni nadie en el mundo. El único a quien se entregaría sin dudarlo.

Se sintió ridícula. Se sacudió las pelusas de la ropa. Se volvió a sentar en el sillón. Tomó el control remoto y cambió de canal.

Después de la hora de almuerzo, el local de comida rápida languidecía entre el humo de las chimeneas y el frío de las calles. Sólo uno que otro obrero llegaba a sorber una colación de 1200 pesos que consistía en un plato de carbonada más un café o bebida, y luego se iba montado en una bicicleta débil, zigzagueando con su chaleco reflectante

por entre los cientos de automóviles que se atochaban a esa hora de la tarde.

- Gracias por acompañarme —dijo Vanesa—. Qué lata estar aquí sola. Me aburro. Siempre llega cualquier viejo a buscarme conversación y ahí me aburro más todavía. ¿Quieres algo? Yo invito.

- Vino blanco. Hace tiempo que no tomo vino blanco. No hay muchas personas a las que les guste, ¿te has dado cuenta?

- Ya, en serio. ¿Qué quieres comer?

- ¿No venden cerveza?

- No podemos. Si pudiera te traería, pero nos pueden pasar una multa si te ven tomando aquí.

- Una ensalada entonces, de lo que sea. Algo simple para no complicarte.

- Lindo —dijo Vanesa, y le lanzó un beso en el aire—.

Javier se quedó sentado detrás de la barra, apoyado en su muleta con aire de sabiduría; de estar elucubrando algo profundo e inútil y que fallaría al primer intento de concreción. Ella, por su parte, lo miraba sin que se diera cuenta, y se reencantaba lentamente con la idea de estar a su lado. Hay que darle una oportunidad, pensó.

- Estuve leyendo en internet sobre las 250 mejores películas del siglo XX —comentó Javier—. En realidad me parecieron puras películas obvias; la trilogía del Padrino, El Bueno el Malo y el Feo, Casablanca —dijo, enumerando con los dedos—, El Origen, Sueños de Fuga, La Guerra de las Galaxias. Pero no sería mala idea poner esa lista en la página, a la gente le puede interesar. ¿Qué crees tú?

- Deberías enseñarme más sobre cine. Así tendríamos más cosas de que hablar.

- Primero podrías ver algo de Chabrol, algo de Rohmer. Ver una media hora por aquí, diez minutos por allá para que no te aburras. Para que hablemos un rato sobre estructura y narrativa.

Ella sonrió con cara de no entender.

- No importa —dijo él—. No importa.

Fueron a la casa de Vanesa. Desde la vereda distinguieron las siluetas de dos gatos que movieron las orejas apenas se abrió el portón.

- Cuidado con las rosas, las puedes pisar. Mi mamá se enoja cuando le pisan las rosas.

El jardín estaba compuesto por tierra desnivelada, pasto largo y descuidado, y un breve sendero de rosas de pétalos amarillentos. Era una casa de madera de dos pisos, aunque se notaba que era una casa pequeña a la que le habían ido sumando ampliaciones de materiales disímiles; injertos de cholguán y melanina que habían sido alternados de acuerdo al cambiante presupuesto familiar.

- Así que esos son tus gatos.

- Míralos bien para que te reconozcan. Si no, estos se organizan y te atacan.

En su pieza había una repisa con osos de peluche y con fotos de ella cuando era aún menor, luciendo vestiditos coloridos y chillones en cumpleaños y en caminatas por el parque.

- Deja las muletas aquí.

- Te pareces a una amiga irlandesa que tuve hace años.

- ¿En serio? ¿Y era bonita?

- En realidad no era irlandesa, era chilena, pero su familia venía de allá. Era mitad celta mitad negra.

- Te gustan las mujeres exóticas. Te pillé, por eso te fijaste en mí —le dijo, dándole codazos—. Y dime ¿por qué saliste tan pedófilo? ¿Por qué te andas fijando en niñitas?

Javier quedó desencajado con la pregunta. Para él fue como; "¿no puedes contra una mujer de verdad? ¿Tan deleznable eres?".

-¿Qué te pasó? —dijo Vanesa—. No te enojes, estaba jugando.

- Me acordé de una estatua de San Sebastián que tenía cuando chico. Era una lámpara con la forma de su cuerpo, tenía flechas atravesadas por todas partes y un género verde alrededor de la cintura. Emitía una luz tan agradable. Nunca he podido encontrar otra lámpara que tenga una luz así; cálida.

Ella asintió.

Esa noche Javier quiso probar si es que podía hacerla alcanzar el clímax. Sin sacarle los pantalones, forcejeó con la mano bajo sus calzones por varios minutos hasta dar con una gama de gruñidos que no supo si asociar con el clímax o el hastío o el agobio.

Sabiendo que ya había pasado el momento de detenerse, comenzó a quitarle toda la ropa desde la cintura hacia abajo. ¿Qué estás haciendo? le preguntó ella, preocupada pero sin oponer resistencia. Los poros de su trasero firme brillaron con la luz de la ampolleta que colgaba del techo. Javier intentó introducir su índice en un punto apretado y seco.

- Por ahí no. ¡Espera! ¡Duele, duele, duele!

Vanesa trató de aguantarlo, pero no pudo, y se apartó de un salto hasta el extremo opuesto de la cama. Javier quedó con los ojos vidriosos y, aunque lo evitó, la volvió a mirar. Aún disminuida y con los pantalones abajo, ella conservaba una dignidad infinita que él no podría quitarle ni a martillazos. Toda la tristeza del mundo se concentró en el rostro de Javier, quien se sintió el hombre más monstruoso sobre la tierra.

Salieron a la plaza para abandonar el ambiente siniestro de la pieza. Caminaron a dos metros de distancia, sin cruzar la mirada.

- Maricón —dijo Vanesa, con surcos de lágrimas en sus mejillas y en su cuello—. Eres un maricón —repitió, haciendo un gesto negativo con la cabeza—.

Javier consideró sin prisa las alternativas para redimirse; podía abrazar el ostracismo en su casa hasta quedarse sin comida y así agonizar de hambre durante semanas. Podía exiliarse en algún pueblo fantasma donde nadie lo conociera, hasta morir en cualquier calle como un NN, o simplemente podía ejecutar un suicidio rápido y notorio como gesto rotundo e incuestionable para que ella restaurara su confianza en él.

Se sentaron bajo un pino y permitieron que la vergüenza decantara como el polvo. Pasaron algunos caminantes borrachos, perros vagos, vehículos a baja velocidad, hojas secas y mucha brisa helada. Pasaron diez minutos, veinte, treinta. Ella sintió sueño y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Javier. Se tomaron de la mano con fuerza.

Lluvia de Barro

Dos o tres veces durante la mañana los niños se cansaban de gritar y había algo así como un oasis de silencio al interior de la sala; se recogían en sus sillas a jugar con sus celulares, o simplemente se dedicaban a dormitar sobre la mesa. Eduardo aprovechó de anotar un par de divisiones en la pizarra y les preguntó si tenían dudas. Los niños intercambiaron miradas estúpidas y sonrientes, pero no respondieron nada. Eduardo tiró el plumón sobre la mesa, se puso el delantal y les dijo que volvería en un minuto.

Salió en dirección al baño de profesores. Al llegar, giró la manilla pero no pudo abrir la puerta. ¡Ocupado! dijo alguien, una voz masculina que no supo reconocer. Abandonó el edificio y cruzó el patio en dirección al baño de los alumnos. Después de las lluvias, el patio se había transformado en un lodazal que se extendía a todas las superficies. En algunos tramos Eduardo tuvo la impresión de que la tierra, al evaporarse, producía un olor que podía identificar de manera inconfundible con el sudor axilar; nada más podía oler de esa manera. Trató de contener la respiración en el camino.

Echó una mirada desde el umbral para comprobar que no hubiese nadie más, y entró a mear. Las planchas de madera que separaban una taza de otra habían sido pateadas hasta la desaparición. ¿Cómo lo harán cuando cagan? se preguntó.

Alguien entró al baño haciendo rebotar una pelota de fútbol sobre la loza, donde había una mezcla uniforme de agua, orina y barro.

- ¡Hola profe! —dijeron desde afuera—.

- ¿Cómo estás compadre? —preguntó Eduardo—. ¿Estudiaste para mañana?

- No profe, no pude. Tuve que visitar a mi abuelo.

Eduardo notó que bajo la tapa del estanque sobresalía un hilo blanco. Le pareció sospechoso. Se subió el cierre del pantalón y levantó la tapa con cuidado. El hilo estaba atado a una pequeña bolsa transparente que flotaba sobre el agua. La bolsa contenía un polvo grumoso de un blanco sucio y amarillento. Eduardo sabía que a veces los alumnos se ponían a fumar marihuana en la plaza Teodoro; algo que con el tiempo todos habían asumido por un asunto de sanidad mental. ¿Pero pasta base? Eso era nuevo.

- Profe, ¡póngale un uno al Jonathan! —gritó el niño desde afuera—.

- ¿Por qué? —preguntó Eduardo, mientras sostenía la bolsa entre sus dedos—

- ¡Por huevón!

- ¡Ándate a estudiar mejor!

- Ya profe, nos vemos —dijo el niño, haciendo rebotar la pelota sobre la loza—.

Eduardo entró en la oficina de la directora y le expuso con preocupación el asunto de la pasta base. ¿Tiene alguna evidencia, joven? Le preguntó ella, mientras ordenaba un caos de papeles y boletas que se deslizaban sobre la mesa. Eduardo lo mostró la bolsa aún mojada. El rostro de la directora pasó del ajetreo a la seriedad. Le señaló que el asunto debía ser tratado con discreción, porque la mejor forma de arreglar los problemas era siempre con el mayor silencio posible.

- Usted sabe que silencio es cultura mijito —le recalcó—, porque aquí nosotros tenemos que entregarles toda la cultura que podamos. Si no, ¿dónde más la van a aprender? ¿En sus casas? No lo creo, con esas familias que tienen. Mi papá era británico y su mamá era italiana. Desde que yo tomé este liceo, mi única aspiración ha sido traspasarles a los niños un poco de puntualidad inglesa y un poco de alegría a la italiana. Si logro entregarles eso, sólo un poco de eso, entonces me doy por satisfecha.

Luego de discutir sobre la conveniencia de llamar a los carabineros, llegaron a la conclusión de que sería más bien inútil; vendrían y harían un par de preguntas, se llevarían al culpable, y éste volvería en menos de una semana con más rabia que antes, así que sólo le ordenó a Eduaro que hiciera un seguimiento a los "sospechosos de siempre", mientras ella, por su lado, se encargaría de llamar al CONACE para que planificaran una intervención cuanto antes.

Después del mediodía, Eduardo se quedó en la sala de profesores haciéndole un reforzamiento a Roberto Ulbrich Huenchullán del Séptimo B. Roberto no era sujeto de ayuda por ser inteligente, al contrario; sus notas en matemática eran mediocres y malas, pero al menos no amenazaba, no peleaba, no robaba, ni mucho menos escupía, y eso le bastaba a Eduardo para demostrarle más cariño que al resto.

- Profe, ¿usted tiene familia? —preguntó Roberto, mientras hacía mal una división en su cuaderno—.

- Sí. Tengo a mi mamá y a una hermana. Pero ellas viven en el campo. Yo me vine a Temuco cuando tenía como tu edad.

- ¿Y se vino solo?

Una profesora entró a la sala, dejó su cartera sobre la mesa y se dio cuenta de que ambos estaban ahí. Volvió a tomar su cartera y volvió al patio.

- Ya que andamos con asuntos personales —dijo Eduardo— ¿qué quieres hacer cuando grande?

- Yo voy ser millonario, ¿no se da cuenta? —contestó Roberto, sonriendo—. Yo quiero tener autos, casas, piscinas, palmeras, anillos, caballos. Tengo un tío que tiene acciones. Le va bien. Se compró un Mercedes-Benz clase C.

- ¿Y tú quieres comprar acciones? ¿Te gustaría entrar en ese tema?

- Sí. Mi papá compró acciones.

- ¿También se dedica a eso?

- No, él es camionero. Trae fruta al por mayor de Rancagua. El camión no es suyo, pero él lo corre. Él quiere tener su propio camión.

- Lo va a tener. Dios provee a los que tienen fe. Pero cuidado con el poder del dinero. Recuerda las palabras de Nuestro Señor en el libro de San Mateo; no os hagáis tesoros en la tierra. No os hagáis tesoros en la tierra.

- Pero yo no quiero encontrar un tesoro. Yo quiero un Mercedez clase C.

- Te va a ir bien —le dijo eduardo, desarmándole el pelo—. Eres un buen niño.

Después de clases, Roberto caminó hasta el paradero frente a la escuela, allí tres compañeros de curso lo agarraron por la espalda, le dieron varios puñetazos en el estómago y le quitaron doscientos pesos, más un plátano y un yogurt. Para desquitarse, Roberto se subió a la primera micro que se detuvo, se sentó en la última fila, sacó un cuchillo cartonero y talló con rabia un pico de medio metro en la ventana.

Tras la petición de la directora, llegó una caja con doscientos cd's enviados por el CONACE. Sobre cada uno aparecía escrito "NO A LA DROGA!" con una imagen de jóvenes de todas las etnias (rubios, negros, asiáticos) gritando

felices y con los brazos arriba como si estuviesen en una montaña rusa. Los cd's fueron entregados a los profesores quienes a su vez se los entregaron a los alumnos pidiéndoles que los vieran en sus casas y que reflexionaran sobre el asunto. Al final del primer recreo, los cd's estaban sepultados en el barro, quebrados en los pasillos y transformados en miles de pequeños pedacitos brillantes sobre las salas. Eduardo no volvió a encontrar pasta en los baños y el viernes la directora le comunicó que daba el asunto por terminado. A pesar de todo, Eduardo continuó yendo al baño de hombres e investigando por convicción propia, cosa que para los adolescentes no pasó desapercibida. ¿Tanto le gusta mear acá? le decían. ¿Qué busca profe? ¿Se le perdió algo?

-Yo meo donde quiero —contestaba Eduardo—. La tula es mía

- Cuidado profe. Mire que aquí andan ratones, andan así unos guarenes con fierros y hueás.

Eduardo sabía que esos eran los traficantes. Seguía meando y vigilando, seguía siendo eludido sin esfuerzo por ese grupo infantil que se movía a sus espaldas con un cinismo perfecto, y a su manera elegante. Tanto así que fantaseaba a cada minuto con la idea pegarle un combo en el hocico al primer pendejo que tuviera cerca. Uno tan fuerte que le hiciera rebotar la cabeza contra la espalda. Llegó a considerar seriamente la idea de golpear a uno y renunciar, pero la fe en Cristo le impidió hacerlo.

Para la siguiente sesión de reforzamiento, Roberto llevó un ejemplar de la Mecánica Popular. Encontraron artículos acerca de nuevas radios para autos, máquinas gigantes para empresas que extraen petróleo en el Medio Oriente, y motores experimentales que funcionaban a base de hidrógeno. De entre todos los artículos que hojearon en la revista, se detuvieron en la reseña de la última moto Ducati lanzada al mercado.

- Profe. ¿Se imagina andar en esa?

- En el campo, yo andaba en moto.

- Ah. Yo pensé que andaban a caballo.

- No mucho. Allá son más los que andan en camioneta.

- Yo quiero una camioneta grande como esa —dijo Roberto, señalando la otra página de la revista—.

- Un vecino que tiene hartas siembras de trigo allá por Galvarino se compró una Dodge Ram. Son grandes. Esa me llega hasta la cabeza.

- Cuando salga del liceo me voy a comprar una.

- ¿Y supongo que te vas a acordar de mí y me la vas a prestar?

- No. Me la puede chocar.

- Está bien, no me la prestes. Pero prométeme que vas a luchar por tus sueños —dijo Eduardo con solemnidad—, aunque vayan en contra de la biblia. Que vas a hacer todo lo necesario para ser feliz, que nadie te va a detener, nunca. ¿Estamos de acuerdo?

Roberto hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Un cartereo ocurrido en la vereda, y que había tenido como protagonistas a un puñado de alumnos de tercero medio, gatilló una fugaz visita de carabineros, quienes se marcharon tras anotar el testimonio de la directora y de dos transeúntes. Debido a la reciente presencia de uniformados, los alumnos del Séptimo B estuvieron más tranquilos y receptivos que de costumbre. Eduardo aprovechó de terminar la cuarta unidad en una sola hora. Durante el tiempo restante se puso a comentar con los niños acerca de lo mala que estaba la televisión, lo chabacanos que eran los reality shows y lo feas y recargadas que eran las participantes en comparación a las mujeres "normales" que según él, y al contrario de lo que creían "las damitas aquí presentes", eran mucho más apetecidas por la mayoría de los hombres. Las alumnas opinaron que veían a las mujeres de los reali-

ties porque eran más divertidas, pero que en ningún caso querían parecerse a ellas. Los niños no dijeron nada, sólo sonrieron de manera estúpida e intimidatoria.

Tras el sonido del timbre, quedó un sólo alumno sentado al final de la sala. Tengo que dejar cerrado, dijo Eduardo, haciendo sonar las llaves. Gonzalo se puso de pie, desenfundó un cuchillo mariposa y se lo apuntó hacia la garganta. Eduardo levantó las manos y se fue contra la pizarra. Gonzalo lo agarró de la corbata y le hizo un corte justo bajo el nudo. Eduardo sintió la inminencia del llanto, pero se contuvo. Gonzalo le dio otro corte al cinturón, le sacó la mitad y huyó hacia el patio con los pedazos de ambas prendas flameando en el aire.

Después del trabajo, Eduardo se puso la maleta bajo el brazo y se fue caminando con las manos en los bolsillos para que no se le cayeran los pantalones. Llegó a la Plaza de Armas, y se quedó allí sentado hasta las nueve, sin pensar en nada, expandiéndose, desapareciendo a través del barullo del atardecer.

A la tercera hora de la mañana tocaba clase de matemáticas. Un inspector llegó a avisar que el profesor Eduardo no llegaría por motivos personales. Los alumnos salieron corriendo hacia el patio y pasaron a botar cinco sillas en el camino.

El curso se diseminó por toda la escuela. Algunos niños se dedicaron a fumar debajo de la escalera y los demás se pusieron a dar vueltas sin hacer nada en especial. Los hombres se organizaron en dos equipos para jugar a la pelota. Roberto Ulbrich se quedó sentado en una orilla y prefirió no jugar, pero como tampoco tenía ganas de fumar comenzó a aburrirse y a ponerse inquieto. Luego del tercer gol, les preguntó si es que podían incluirlo en cualquiera de los equipos. El arquero detuvo el partido por un instante. Los hombres se miraron entre sí y le respondieron que in-

cluirían a más jugadores después del quinto gol. Roberto se dedicó a hacer figuras en el barro con un colihue que encontró botado. Dibujó todas las figuras posibles que se pueden hacer con círculos; la cabeza de Mickey Mouse, una nube, un ocho, el signo infinito, una cara feliz, un intento de conejo. Los miembros de ambos equipos dejaron la pelota rebotando y se fueron al baño. Roberto les preguntó qué estaban haciendo. Le respondieron que tomarían un descanso y que volverían en cinco minutos más.

Roberto se quedó en la puerta del baño, mirando hacía el patio, distrayéndose con las correrías de sus compañeras que huían de un perro morbosamente gordo. Se sintió atraído hacia ellas; a sus piernas morenas y brillantes, a sus mejillas rojas, a sus trenzas apretadas, a sus dientes blancos, y a las decenas de groserías de alto calibre que luego redimían con una carcajada. Lo invadió el instinto arrollador de poseer a alguna, a cualquiera. En eso, tuvo una corazonada. Miró hacia su izquierda. Jaime Flores Vásquez, un profesor de 46 años de historial impecable, que mostraba un espantoso moretón en el pómulo izquierdo (como si recién lo hubieran castigado con una manopla de acero), y con el que jamás habían cruzado una palabra, se acercó dando pasos fuertes y amplios que hicieron saltar el agua sucia en todas direcciones. Sus ojos estaban turbios y trastornados, retractó su brazo hasta detrás de su espalda mientras arrugaba frente y cejas. El peinado de oficinista de Jaime se desordenó en el aire, y su delantal blanco, que no había cambiado en más de diez años, flameaba en los pedazos de género que le sobraban en las mangas. En ese ínfimo intervalo fue donde Roberto Ulbrich alcanzó a ver el último fotograma de Jaime Flores a centímetros suyo; una masa oscura y borrosa donde las constreñidas facciones del rostro moreno, y las irreconocibles manchas del puño inminente, distorsionaban la visión nítida de cualquier otra cosa. Hasta las siluetas del grupo de niñas que estaban a metros de ellos,

en el baño de mujeres, se transformaron en líneas de luces deformadas por la velocidad. Roberto sintió el bestial impacto de los nudillos aplastándole el tabique y enterrando su nariz contra el cráneo. Sus dientes se atropellaron en ambas mandíbulas desde adelante hacia atrás, su expresión adquirió nuevos desniveles en zonas de su rostro que jamás se habían plegado, la piel se amontonó en las partes más exteriores de la cara, la sangre comenzó a emerger de sus encías, las orejas se movieron violentamente de sus ejes y el cuero cabelludo llegó a rincones de la frente donde nunca antes había estado. Su cerebro se arrinconó y su espesor se redujo por la colisión. Hasta el mentón, la nariz y los ojos se confundieron en una misma cosa y parecieron unirse en la mitad de su rostro castigado por aquella muñeca de acero. En ese estado de disgregación fue donde Roberto perdió definitivamente el equilibrio, despegó ambos pies de la superficie, trató de aferrarse en el aire, y comenzó su trayecto de inconsciencia hasta el barro.

El Cielo y el Mar

Desperté mientras la camioneta atravesaba la ruta 5 en medio de la noche, mis colegas iban conversando en los asientos de adelante. Sabía cómo me habían convencido para ir con ellos, pero no les había puesto atención cuando decidieron el camino. Podíamos estar entre Valdivia y Osorno, o quizás recién salíamos de Temuco. Miré el celular; eran las 3 de la madrugada. Afuera sólo se veían las líneas blancas de la carretera. Adelante, mis colegas hablaban sobre avalúos fiscales, hectáreas, posibles compradores y proyectos que yo ignoraba.

- Negro, despierta —me dijo el chofer—, compramos cervezas. Saca una. Están debajo de mi asiento.

Saqué una lata y me puse a tomar sin ganas, sólo para lavar el mal sabor de boca. Afuera pasaron las luces de un pueblo pequeño; un caserío de no más de dos calles de extensión que en pocos segundos volvió a desaparecer en la oscuridad. Gente pobrísima, pero que en uno u otro sentido estaba mejor que cualquiera de nosotros. Recordé un viaje que había hecho en las mismas condiciones cuanto tenía sólo dos años; mi único recuerdo de esa época. Era 1972 y yo iba en el asiento trasero de un auto, un sedán cuya marca y modelo ya olvidé. Me parece que era un viaje a Viña o Concepción, no estoy seguro. Pero ciertamente es una imagen acogedora, la primera que guardé en la memoria y la más pura que conservo. No tenía siquiera la intuición

de qué significaba preocuparse, caminar sin saber a dónde, endeudarse, vivir exhausto, ni mucho menos morir. Para mí, la vida era el asiento trasero de un auto que cruzaba eternamente la carretera en medio de la noche. Dudo de si ese momento existió de verdad. No quiero saberlo. Generalmente no indago más allá.

2

En la tarde, decidí salir por mi cuenta y conocer los alrededores a pie. Llegué hasta un enorme campo de trigo cruzado por un sendero donde, supuse, pasaban los campesinos que vivían en las parcelas interiores, aunque en realidad no vi a ninguno. El cielo estaba recargado de nubes oscuras, podía llover en cualquier minuto. Las nubes eran tan densas que parecía ser las nueve de la noche y no las cinco de la tarde. El trigo me llegaba hasta las rodillas y las espigas se mecían bajo la brisa. A medida que avanzaba, me di cuenta de que la siembra tenía varias decenas de hectáreas de extensión. No era imposible perderse allí. Saqué la cámara digital e intenté hacer un buen encuadre de las colinas. Tomé al menos diez fotos. Cuando las revisé en la pantalla, comprobé que todas eran muy oscuras o muy brillantes. Pero aún así no las borré; la percepción cambia, pensé; uno nunca sabe cuando algo espantoso se arregla con el tiempo. Seguí por el sendero. Me puse a divagar en medio del campo. Pensé en la inminencia del fin del mundo, en una sonata para cello de Grieg, en mi sobrina tomando el sol en bikini, en comer una lata de sardinas en aceite, en una bicicleta nueva, en juntar plata para comprar un auto, en si es que era notorio cuando miraba la entrepierna de mi sobrina o la de cualquier otra mujer, en guerras olvidadas en países pobres, en cuál era mi responsabilidad para con esas guerras, en cuánta plata se necesita para no trabajar un día

más, en cuánto valdría el litro de bencina en diez años más, en si es que era mal mirado no tener auto. Nada concreto. Entonces, el sol se abrió paso a través de un pequeño orificio. El cielo ya no era uniforme; las nubes se mostraron con sus cúspides rojas y sus faldas anaranjadas. Cada una medía desde dos hasta quince kilómetros de largo, y se rozaban y unían como cuando se mezcla la leche sobre el café. Eran gigantes, inabarcables. Demasiado para una sola consciencia. Guardé la cámara y me quedé allí hasta que oscureció.

3

Mi colega buscó que le prestaran estacionamiento en alguna de las pocas casas con cerco que había en los alrededores. Su jardín estaba ocupado por un viejo camión Mercedes Benz que ya no partía. Me dijo que no quería dejar la camioneta afuera porque se la podían robar. Luego de la muerte de sus padres, su familia había cortado todo nexo con el pueblo. No había ladrones, sólo muy de vez en cuando se oían los latigazos contra los bueyes que pasaban sobre el ripio. Nadie entendió el motivo de su petición, yo tampoco, y al final tuvo que resignarse a dejar su vehículo en la calle. Huevón estúpido, pénsé.

Una hora después llegaron sus amigas de infancia luciendo ropa simple y maquillaje recargado. Eran más feas que bonitas y tenían un sentido algo chulo y obsoleto de la belleza, aunque también eran abundantes de piernas, mejillas y tetas, por lo que me animaron en una primera impresión. Me hice ilusiones con una rubia de ojos cafés. Con ella tuvimos ese primer vistazo de complicidad que simplemente se tiene o no se tiene. Cuando entramos en confianza resultó ser aburrida, cínica respecto al sexo, y dispersa y errática cuando tocaba cualquier tema medianamente serio. Frente a esa falta de perspectivas, me fui a la cocina y bajé

media botella de ron barato casi sin darme cuenta. Cuando acabé con el ron me apoderé de una botella de champaña que nadie había abierto. La terminé a sorbos largos. No sé por qué me sentía tan ansioso por tragar alcohol, debía ser a causa de la incomodidad; no quería bailar, no quería conversar y tampoco quería ir a dormir. No sabía qué hacer.

Cuando vacié la botella, me sentí como si hubiera agarrado una gripe. Fui al baño con disimulo. Me arrodillé frente a la taza y durante diez minutos vomité mucho más de lo que había comido. Después, me desplomé sobre la loza y me dediqué a descansar. Sentía el puncheteo sofocado de la música atravesando las paredes. La fiesta continuaba. Resolví quedarme allí un rato más; no me perdía de mucho, ya era lo suficientemente viejo para saber que, por más mujeres que hubiera, el 90% de las fiestas termina en nada. Me puse a reflexionar gracias al influjo del alcohol; ahora podía identificar una idea y deshilvanarla de manera coherente. Primero me pregunté por qué había tomado tanto. Hay quienes beben esa cantidad todas las noches; otros que se drogan hasta que el mundo se transforma en una niebla multicolor y luego en una oscuridad permanente. También están aquellos que detienen cualquier avance de su consciencia mirando televisión, y los que trabajan por horas y horas hasta que la concentración en una tarea monótona les hace perder la noción de todo lo demás. Supongo que esa es su manera de sentarse y esperar "algo", pensé. Supongo que al menos intuyen un final feliz.

Me vi a mí mismo como un hombre viejo y pendejo a la vez. Decidí que desde mañana en adelante lucharía de frentón contra la mierda, el egoísmo, la corrupción y la mentira. Tuve el deseo incontrolable de ver agrietarse las cabezas de aquellos que nos dicen de que el mal es la única forma de estar en el mundo. Mi misión (creo que lo dije en voz alta, no me acuerdo) era morir peleando, o al menos llevarme a algún cerdo al otro lado. Desde ahora en adelante, pensé,

debía poner manos a la obra; avocarme a la lucha y no distraerme ni un minuto más, o al menos no tanto; porque el peso es demasiado, y ya apenas hay energías para comer, fornicar, cumplir con los horarios, moverse de un lado a otro, y no caer en la pobreza. Sobre todo; no caer en la pobreza. Y eso cansa.

4

Desperté encima del sillón, tapado con una frazada fea y motuda. Estaba solo, en el living. A mi lado había una mesa de centro repleta de figuras pequeñas y amorfas que podían corresponder a cualquier mamífero. La resaca se iba manifestando lentamente como un frío en toda mi piel. Mis dos zapatillas estaban juntas y ordenadas sobre la alfombra. Me acordé de la billetera, metí las manos en los bolsillos y me asusté al no encontrarla. La sentí rodar hasta el suelo. Al revisarla comprobé que no le faltaba nada. Alguien la había encontrado y luego escondido allí. Alguien se había preocupado de mí, me había puesto una frazada encima y me había atendido con dedicación, no de la forma en que un hombre lo hubiera hecho. Me pregunté cuál de las mujeres había sido. Las había juzgado mal; eran mucho mejores personas de lo que yo creía. Me dieron ganas de regresar en el tiempo hasta la noche anterior. ¡No se podía! ¡No se podía! Recordé que siempre juzgo mal a la gente para ponerlos dentro de pequeños globos de ácido, reventarlos y divertirme sacando conclusiones desde afuera. Es inevitable. No me siento orgulloso por eso.

5

Llevaba cuatro años trabajando en el área de subvencio-

nes en el DAEM, gracias a un amigo lejano que militó en el partido socialista y que dejó de militar debido a "diferencias ideológicas irreconciliables". Esa mañana había tres inspectores con licencias médicas y la oficina estaba de cabeza, así que me mandaron a mí a ejecutar una inspección al Liceo Industrial de Santa Rosa; a los reyes del rap, como les decía un colega anciano de forma burlona.

La población era un enorme laberinto de calles rotas, curvas cerradas y pasajes sin salida. Un mecánico pelirrojo y sucio me dio las indicaciones, y pude encontrar el liceo sólo después de una hora a pie. El patio estaba lleno de niños comunes e inquietos; un enjambre azul del que a veces saltaban y caían elementos al azar. Las murallas de cemento eran coronadas por rollos de alambre púa, como en una cárcel. Como llegué apurado y cubierto de sudor, me saqué la chaqueta y esperé al auxiliar que me llevaría hasta la oficina.

El patio y los pasillos quedaron despoblados, nos encaminamos hacia la secretaría. A lo lejos se escuchaba la voz desagradable de un anciano dictando materia, y los metales de las sillas estrellándose contra las paredes, en un curso que intentaba amotinarse.

Las paredes daban la impresión de estar hechas a base de un aserrín prensado que podía agujerearse con sólo rascarlo, y la mayoría de las ventanas estaban rotas o trizadas a pesar de que estaban cubiertas con mallas de acero. Por una puerta semiabierta vi caras aburridas y nerviosas, una de ellas me dirigió un gesto que pudo haber sido una sonrisa o una mirada de desconfianza. El conserje cerró la puerta de la sala, y me señaló la dirección de la oficina.

Me encerré junto a varios archivadores que contenían los informes y facturas del año. Ya en una primera revisión

me di cuenta de que habían montos que no concordaban; $600.000 en pelotas de basquetbol, $2.800.000 en arriendo de vehículos, $2.000.000 en tortas y cubiertos. Por lo visto tenían una vasta experiencia quitándole plata al estado. Sabían esconder sus recortes en ítems precisos que podían confundirse con gastos circunstanciales. La secretaria en la mesa opuesta hacía clics erráticos en su computador como si simulara estar trabajando. Miraba la pantalla, pero al mismo tiempo no la miraba. Tuve la sospecha de que el sostenedor la había enviado para estar atenta a mis pequeños gestos de extrañeza, y para luego delatarme con algún mando alto en la oficina de subvenciones. Traté de simular naturalidad.

Demoré varias horas en terminar la auditoría. Las cuentas fueron arrojando lo mismo que todos los liceos a los que había ido; la subvención cubría desde las pelotas de la multicancha hasta las cuentas del teléfono celular de la directora. También habían comprado media hectárea camino a Pucón y dos pasajes a Estados Unidos con supuestos fines educacionales. Miré a la secretaria directo a los ojos, sin recato. Pero ella hizo como que seguía trabajando.

- ¿No tiene vergüenza de trabajar aquí?

- Qué maleducado —contestó ella, sin dejar de mirar la pantalla—.

- Vieja de mierda.

En el patio fui atajado por una jauría de quinceañeras gordas e hiperactivas. Me preguntaron mi nombre, a qué me dedicaba, si es que era casado o soltero, si les iba a hacer clases, si conocía gente de la que jamás había oído antes. Les dije que no con toda la amabilidad que pude y avancé hacia la salida.

Cuando pasaba por la inspectoría, sentí algo que se movió al interior de mi bolsillo izquierdo. Al meter la mano saqué un papelito celeste con un email escrito a la rápida. No

pude ver quién lo había puesto allí. Pensé que habían sido las niñas, pero no había ninguna cerca, sólo profesores que salían a almorzar y el mismo conserje que me había guiado hasta la oficina.

Por el color del papel deduje que se trataba de una mujer. Le mandé un correo preguntando quién era y cuál era su interés en contactarme. Debía ser alguien con algo importante que decirme, algo respecto al liceo; algo realmente turbio. Listas de asistencia adulteradas, acoso sexual hacia parvularias y alumnas, reventa de implementación escolar en fábricas y bodegas de todo pelaje, contratos ilegales a consultoras de papel, golpizas a menores a puertas cerradas, un ramillete de empresarios microscópicos con culpa hasta en los sueños. La lista podía ser interminable. Esperé la respuesta.

Por esa misma fecha conseguí una licencia falsa, por estrés, y me dediqué a no hacer nada durante cinco días. Arreglé mi bicicleta y salí a recorrer el estadio Germán Becker y los alrededores. La luz del sol era brillante y fría. A pesar de que el día estaba helado, había muchos niños comiendo algodones de dulce y jugando a la pelota. Recuerdo que vi a una madre joven tirada en el pasto y a sus dos niños que le tiraban pelotazos en la espalda. Estaba paralizada por la obesidad, tenía las piernas abiertas como un oso y el pelo con restos de tintura roja. Y lo más increíble; sonreía. Lo hizo cuando pasé al lado de ella. Traté de sonreir de vuelta; hice mi mejor intento, no sé cómo me habré visto. Prometí tratar de sonreír un poco más, no tomarme la vida tan en serio. Me sentí un privilegiado y un infinito malagradecido al mismo tiempo.

Volví a mi casa. Cuando encendí el computador sonó una notificación de correo entrante. La respuesta había llegado. Tenía tantas faltas de ortografía y palabras abreviadas

que tuve que releerla tres veces para hacerme una idea del mensaje. Se llamaba Princesa Gallego, tal cual; así aparecía en el remitente, aunque cabía la posibilidad de que fuera un seudónimo. Adjuntaba varias fotos donde posaba al lado de una piscina de plástico luciendo un bikini morado y enormes gafas de mosca. Se señalaba a sí misma con una flecha. Estaba junto a otra mujer mayor que, supuse, era una pariente cercana. Aparecía con las manos en la cintura y apretaba los labios como enviándome un beso (o quizás yo creía que me enviaba un beso y en realidad le enviaba un beso al fotógrafo). A la noche siguiente me llegó otro correo. Esta vez no decía nada, sólo adjuntaba tres fotos más. Estaba al interior de su pieza abrazada junto a una amiga. Usaban jeans recortados que apenas les cubrían el trasero y se abrazaban y daban besos en la mejilla en una evidente actitud erótica. Sobre cada foto aparecía escrito, con letras rosadas y brillantes, como en un grafiti de la calle, un texto que me fue imposible descifrar. "Las marcelitas", "Las margaritas", "Las maceritas", o cualquier chapa por el estilo.

Nos escribimos varias veces. Mensajes cortos, respuestas sin doble sentido acerca de qué nos gustaba; indicios de pragmatismo con los que fuimos detectando la disposición del otro para pasarlo bien. Ella tenía veintiún años, estudiaba en un CFT para ser asistente de párvulos y estaba haciendo su práctica en el liceo. Yo tenía cuarenta y uno, y si bien me había enamorado una vez, jamás me había casado. ¿Había peligro al juntarnos? No ¿Teníamos ganas? Sí. Fin del rodeo.

Quedamos de juntarnos en un restorán ubicado al inicio de la carretera sur. Las paredes habían sido decoradas con motivos de gauchos y con postales antiguas de Buenos Aires. La falta de meseros y de clientes daba la impresión de que el local no duraría mucho más. En la mesa de ade-

lante había una pareja de ancianos cuya actitud me dio, por pocos segundos, la impresión de estar en Estados Unidos, en un bar argentino de Estados Unidos. Conversaban con entusiasmo acerca de empresas, marketing y commodities, y dibujaban ideas en el aire con una concentración que no era para nada latinoamericana. Intuí que ellos serían los habitantes del futuro. Al ritmo que va la economía, pensé, en diez años más ya no habrá chilenos, y yo tendría un lugar seguro sólo entre quienes viven de la ineficacia del sistema; en ninguna otra parte. Quería combatir la mierda, ayudar que el mundo fuese un lugar mejor, pero al mismo tiempo no estaba capacitado para abrazar la pobreza. Primero, debía construirme un halo de solemnidad, al igual que los empleados fiscales y los malos poetas. Debía construirme ese halo, alimentarlo, volverlo notorio, mostrárselo a la gente con poder, convencerlos de que yo era importante por razones evidentes y universales, y sobre todo inexplicables. Debía hacer eso si es que quería vivir tranquilo, con techo y comida. Se me sumaba otra tarea ineludible y contradictoria.

Sólo por curiosidad, había estado leyendo manuales en internet sobre cómo fabricar bombas; pólvora blanda y pólvora negra, nitrato de amonio, fulminato de mercurio, explosivos plásticos. Treinta inocentes reventando en una oficina municipal. Se lo merecen. Alguien tiene que hacerlo alguna vez. Como una señal, como un síntoma de la mierda. La piel chamuscándose. El cuerpo se quema en segundos. Pero los huesos también sienten, incluso sin la piel. La muerte no es la muerte, es sólo el comienzo del horror. Todos somos inocentes. No hay nada que hacer, no se puede pelear contra las fuerzas esenciales de la vida. Nadie es inocente. Alguien más tenía que hacerlo. ¿Y si ese alguien no llegaba nunca?

Sentí una punzada fuertísima y me agarré la cabeza con ambas manos. Sonó la campanilla de la puerta. Ella llegó.

Andaba con un chaleco celeste y una falda azul marino como una secretaria de 1980. Era muy distinta a como salía en las fotos, pero por su forma de mirarme supe que era la misma persona.

Luego de los saludos iniciales me contó que venía saliendo de la graduación de su madre, y de lo orgullosa que se sentía porque había sacado su cuarto medio a los cincuenta años. En vez de felicitarla, pensé en lo ingenua que era. Estaba tan condenada como yo, su madre y todos quienes no tuviéramos la plata como para comprar un mundo propio. Por algunos segundos ella se detuvo frente a mi cara de escepticismo. Pensé en profundizar la herida y decirle que mejor ambas se hubieran quedado en el campo antes que venir a la ciudad a hacer de pobres pero con zapatos nuevos y uniforme de trabajo. En vez de eso la felicité con toda la sinceridad que pude fingir. Eso ablandó el aire y nos permitió seguir la conversación con soltura.

No tomamos alcohol, sólo pedimos dos tasas de café capuchino y dos churrascos. Me lamenté por no ganar más plata, por no haberle comprado un plato de carne y una botella de vino decente. Aún así, todo salió bien. La comida me dio un leve malestar pero nada de cuidado, sólo lo justo como para mantenerme despierto.

En el taxi de vuelta, mientras ella seguía hablando sobre sus infinitas posibilidades en el área de la educación, tuve un presentimiento, una visión de lo que iba a suceder. La visión fue así; llegamos a mi pieza y cerré la puerta con el pie. Besos. Abrazos. Mordidas. Caricias. Tiré al suelo todos los papeles que tenía encima de la cama. Le desabroché la blusa, vi caer su vestido y sus calzones. Tuve el deseo retorcido de encontrar una mancha en sus calzones; una mancha café, amarilla o del color que fuera, pero no; estaban limpios. Al subir la vista me topé con la primera sorpresa; su trasero no era como el que yo había imaginado a partir

de sus fotos (donde siempre salía de frente o de lado). El suyo parecía más bien el trasero de una mujer de cuarenta y tantos años. Tenía demasiado vello en la entrepierna y sus tetas se habían aflojado hasta tener arrugas como largas estrías. Cuando hacíamos el amor, su cuerpo con forma de pera; delgado y rollizo a la vez, me dejó perplejo, me inhabilitó para seguir excitado. Desconectaba mis pensamientos de lo que mi cuerpo estaba ejecutando en ese instante. La grasa de su abdomen se movía como gelatina en una bandeja. Su piel tenía tantas venas, pelillos y manchas que bien podía emparentarla con un animal muerto. Me sorprendió comprobar cómo un cuerpo tan joven podía estropearse tanto, pero se podía. Si en eso consiste tener sexo con una veinteañera, pensé, entonces la vida no tiene sentido; tocaba la puerta del último alivio del hombre y no era más que una extensión del mismo pantano de fealdad. Ahora, por su culpa, tampoco había nada más adelante, ninguna expectativa. La novedad y la frescura, como único motivo existencial, habían desaparecido al igual como Dios lo había hecho durante mi juventud. No estaba preparado para eso: quise no haberla conocido. Sentí la monstruosa inminencia del llanto y comencé a golpearla de manera floja y pesada con los puños, entre sollozos, pidiéndole que desapareciera de mi vida. ¡Ándate! le decía. ¡Ándate! ¿Por qué sigues aquí? ¿Por qué no te paras y te vas?

- Aquí vivía yo —dijo ella, en el taxi—. Estuvimos tantos años que no sé cómo ahora vivimos en otra parte. No me gusta vivir en otra parte. No sé cómo ahora podemos vivir en otro lado.

Miré por la ventana, íbamos entrando en la Avenida Caupolicán. Había varios talleres mecánicos instalados uno al lado del otro. Talleres grandes, limpios y bien equipados. No como los de antes. También había una gran casona amarilla a medio demoler, excavadoras y maquinaria pesada, toneladas de escombros, y un letrero que decía "Otro Proyecto de Bermann & Salazar".

- ¿Y por qué se cambiaron de casa?

- Por plata, supongo. Se la vendimos a unos italianos. Estafaron a mi viejo. No le dieron casi nada; revendieron el terreno a cuatro veces la plata que nos pagaron. Creo que ahora van a hacer un supermercado, o un centro comercial. No lo sé. Por mí qué hagan lo que quieran.

Fueron pasando cada vez más locales y negocios; una estación de bencina, una sucursal de la Mercedes Benz, un bar universitario, un jardín infantil, un edificio pequeño con los vidrios hechos trizas, una escuela de artes marciales, una compra-venta de autos usados.

- Por plata —repetí—.

6

Amanecí en una cama grande y celeste, en medio de una pieza con varios retratos de ancianos en blanco y negro colgados en una pared oscurecida por la humedad. Levanté un poco las sábanas cuidando que ella no se despertara. Su trasero no era grande; era pequeño, plano y tímido, como si en cualquier momento lo fueran a azotar. Yacía junto a otra de esas mujeres por debajo del promedio de belleza con las que me había acostado casi sin darme cuenta. Por sed, por ceguera, por falta de voluntad. A pesar de eso, princesa era simpática, y si me quedaba un par de horas más me terminaba casando con ella. Recogí mis zapatos y me fui sin hacer ruido.

Al mediodía tomé un bus rural y me bajé en Puerto Saavedra. Lo hice porque está cerca, porque anda poca gente, y porque el mar me trae recuerdos lejanos y por eso mejores. El ambiente estaba frío, aún quedaba neblina a ras del suelo. Me subí el cierre del polerón y me fui acercando hacia la orilla. Un quiltro comenzó a seguirme. Era negro y de

pelo corto, y el agua helada parecía no afectarle cuando las olas alcanzaban sus patas. Recogí un pedazo de colihue, lo lancé varios metros más allá. El perro corrió tirando trozos de arena con las patas. ¡Tráelo!, le dije. El perro no volvió, siguió en su metro cuadrado zamarreando el colihue en todas direcciones. Fui hacia él. Mi mente estaba en blanco como hace meses no la sentía. El viento pasaba a través de mi ropa y refrescaba mis huesos. El ambiente y yo éramos una y la misma cosa; al fin descansaba. De pronto, las gaviotas quedaron mudas y dispersas sobre la arena. Las olas siguieron tratando de subir a la orilla, pero dejaron de hacer ruido. Me detuve; alguien me vigilaba. Estaba seguro. ¿Pero dónde? Sólo vi palmeras secas, cimientos de casas destruidas por el maremoto del 60, y champas de maleza doblándose bajo la brisa helada.

Llegamos frente a una rancha de madera vieja y oscura. Perro fue a olisquear el interior. Temí que lo sacaran a patadas, así que lo llamé. No volvió. Lo llamé de nuevo. Tampoco ladró ni dio señales de vida. Fui a buscarlo.

Cuando entré, vi una silla de madera y un catre oxidado. Perro estaba sentado en el suelo como si quisiera enseñarme el lugar. En el centro había una chala rota y un brasero. El nylon de las ventanas estaba rajado y se movía con el viento. El lugar parecía no haber sido ocupado en años.

- Aquí podríamos comer algo, Perro. ¿Qué te parece?

Armé una pequeña fogata en el brasero. Cocinamos vienesas ensartándolas en ramitas de pino. Perro se quedó a mi lado con sus ojos a medio abrir, no mostraba ningún indicio de hambre ni ansiedad. Me identifiqué con su falta de aspiraciones.

- Te lo digo; quedan mejor así, tostadas. Cuando las cocinas en agua caliente te quedan asquerosas, como si todavía estuvieran vivas. Es como mamársela a un tipo que se murió recién.

Escuché un picoteo en las latas del techo. Miré para afuera. Una bruma de gotas se desplomó sobre el mar.

Esperé un rato a que pasara la lluvia, pero no se detuvo. Al contrario; con los minutos aumentó su intensidad. Cuando se me acabaron las ramas para el fuego destrocé la silla por partes, pero me parecieron insuficientes, durarían a lo sumo media hora o cuarenta minutos.

- Nos queda poca leña, ¿qué dices?

Le hice cariño en la cabeza. El cariño parecía no importarle o al menos no incomodarle.

- Vamos a buscar más.

A simple vista afuera sólo había rocas y arena; nada para quemar. Tuve suerte y encontré varias tablas detrás de la rancha y comencé a apilarlas sobre mis brazos. El agua mojó mi polera y mis calzoncillos. En eso, nuevamente tuve la certeza de que me vigilaban. Di media vuelta. No muy lejos, justo donde explotaban las olas, había un tipo de traje y corbata de pie, sin hacer nada. Y aunque no distinguí su cara entre la bruma, pude sentir con toda seguridad que me miraba a mí, sólo a mí; no había nadie más en la playa.

- ¡Váyanse! —grité—.

Me pareció que estaba sonriendo, no estaba seguro. Se quedó allí esperando, sin hacer nada. No quise seguir recogiendo más tablas.

Cuando tiré las tablas sobre el brasero, comenzó a salir demasiado humo. Abrí la puerta y lo dejé en el umbral para no ahogarme. Divisé un punto de luz en una isla diminuta en medio del mar. Imaginé los desastres naturales más comunes en esas zonas costeras; los habitantes corriendo con todas sus fuerzas y derribando a otros para abrirse paso hacia un refugio que, a pocos metros de llegar, es igualmente arrasado. Los habitantes sacándose sus propios cabellos a centímetros de lo inevitable, la rigidez y la locura, los huesos de las costillas tronando bajo el peso del agua. ¿Por qué eligieron vivir tan lejos?, me pregunté.

Por mi parte, no echaba de menos a mis colegas, ni a los peatones, ni a mis parientes, ni tampoco a mi propia casa. Disfrutaba estar allí, solo, tranquilo, acoplándome al espacio infinito, y a la frescura de las estrellas. Siendo yo mismo pero más grande y mejor. ¿Por qué los habitantes de la isla habían elegido quedarse tan lejos? Aún no lo sabía con certeza, pero presentí la respuesta.

Decidí inventar un juego de sábanas y frazadas con lo poco que llevaba en la mochila. Hice una especie de nido encima del catre; un gran semicírculo de género en varios tonos de azul. Tomé un pedazo de nylon y lo dejé enrollado en un extremo inferior del catre, listo para cubrirme y guardar el calor durante la noche. Se notaba cómodo. Me sentí orgulloso de mi creación.

El nylon de las ventanas flameaba con el viento, que no era mucho, pero era. Tiré una tabla encima de las brasas y me senté en la cama a mirar el fuego. Perro juntó sus párpados sin quedarse dormido, más bien con la intención de aislarse del mundo. Yo también cerré los ojos. El mar sonaba como si estuviera muy cerca de nosotros. El sonido de las olas marcaba los segundos, acunaba mi vigilia. Confirmaba mi respuesta.

Esta Tierra Helada

Tras haber sido amenazado de muerte por delatar a un grupo de compañeros de curso que habían robado todos los computadores de contabilidad, haber perdido un año de clases por atender el cáncer de su padre, haberse cambiado de liceo dos veces debido a causas que ni el mismo fue capaz explicar, haberle dado su primer beso, en una etapa tardía de su adolescencia, a una rubia con cinco meses de embarazo a la que no volvió a ver jamás, y haber egresado, a pesar de todos las dificultades, como el mejor alumno de la promoción 2010 del Liceo Técnico José Miguel Carrera, Roberto Ulbrich finalmente pudo graduarse como técnico en administración de empresas con mención en turismo.

Al mes siguiente comenzó a trabajar en la panadería del Jumbo. Al ser un recién llegado sus colegas sólo le permitieron estar un rato frente a los clientes como cajero, cargar enormes sacos de harina sobre su espalda, y a veces (sólo a veces) estampar un molde sobre la masa para cortar cada uno de los panes; tarea en la que era especialmente rápido y eficaz. Casi desesperado.

Como reconocimiento a su labor, sus colegas lo dejaron poner la masa en la sobadora para ver si es que además de agilidad tenía también precisión. La primera vez que intentó poner la masa entre los rodillos la otra mitad se rajó e inevitablemente cayó al suelo. Recogió la masa, fue a lavarla en una especie de tina donde almacenaban el hielo de la

pescadería, regresó con el pedazo limpio y empapado sobre ambas manos, lo volvió a poner entre los rodillos de la sobadora, y esta vez lo hizo bien. Con el pasar de los días a nadie le importó mandar a Roberto a cuidar los hornos o los silos, pero aún sin meter mano en ninguna etapa del proceso; sólo a vigilar.

Mientras un semicírculo de clientes esperaba el pan recién horneado, se escuchó un enorme gruñido de entre las máquinas; como un levantador de pesas que intenta levantar ciento ochenta kilos. Todos los trabajadores abandonaron sus puestos y corrieron hasta la sobadora. Roberto tenía la mano atascada, varios hilos de sangre se deslizaban por la máquina salpicando sus zapatos, la gente trató de mirar qué sucedía, una señora se fue acercando tímidamente hacia el interior. Roberto dejó de gritar, alcanzó ese nivel donde el dolor llega a confundirse con la pena, y con la otra mano se agarró la nariz y los ojos como si quisiera arrancárselos.

El diagnóstico no fue tan terrible; dos fracturas en la mano derecha, corte de ligamento en el brazo derecho y pérdida de la motricidad fina en tres dedos. El supermercado lo despidió a él y al supervisor de la sección por motivos de reducción de personal.

Luego de varias conversaciones respecto a su futuro con parientes que sabían poco y nada de leyes, Roberto llegó donde un abogado que pasó un día completo revisando su contrato palabra por palabra. El abogado llegó a la conclusión de que tenían un caso y junto a ello la posibilidad de ganar "mucha pero mucha plata".

- Aparte que fue un despido injustificado —afirmó el abogado—, en ninguna cláusula se especifica que te destinan a la sección panadería. Eso es ilegal.

- ¿Podemos hacer una demanda? —preguntó Roberto, con un yeso garabateado con varios corazones y un rayado de la Universidad de Chile—.

- Cincuenta millones de pesos —contestó el abogado, con una sonrisa estúpida, cómplice, rapaz, excesiva—. Pero hay que esperar, agregó; porque siempre te dan menos de lo que uno pide, o quizás no te den nada, pero no creo, le tengo fe. Nos va a ir bien.

Roberto esperó el fallo con cautela, aunque ya fantaseaba con la idea de ganar lo suficiente como para conocer otros países, para comenzar su propio negocio, para atraer mujeres bonitas, o para hacerle una donación a su familia y así descansar de ellos por un tiempo. La posibilidad del dinero le hizo revivir necesidades ardientes que hasta entonces no habían sido más que fantasías apagadas.

El fallo del juez decretó que el supermercado debía pagarle veinte millones de pesos por una supuesta invalidez permanente. Su familia lo celebró con un asado bajo los parrones amarillentos, entre los fierros oxidados de los miles de repuestos para autos que nadie usaba nunca. Su abuela y la mayoría de sus parientes interpretaron la indemnización como un "premio a tu esfuerzo" y así lo llamaron durante la comida. Roberto les decía que sí a todo mientras urdía en secreto los pasos a seguir.

Su primera inversión fue un pequeño sitio en el camino a Labranza y una casa prefabricada que montó allí en pocos días. Se instaló con algunos muebles básicos y se dedicó a ocupar con orgullo y expectativas el enorme tiempo libre que había ganado. Una tarde quiso hacer ejercicio y trotar por el bosque, pero el tedio lo volvió a poseer y se quedó echado sobre su cama, mirando los árboles a través de la ventana y dejando pasar las horas bajo el letargo de la brisa tibia. Quiso llegar hasta la página veinte de un libro cualquiera, lo dejó tirado y se dejó llevar un rato por la televisión, y sin darse cuenta llegó la noche y ya tenía demasiado sueño como para seguir leyendo. Quiso invitar a un amigo

para que lo viniese a acompañar durante un rato, para tomar juntos una o varias botellas de lo que sea, pero como vivía lejos y sus amigos tenían que trabajar temprano, sólo su hermana lo fue visitar, llevándole varias latas de cerveza que tomaron en medio de largos intervalos de silencio frente a la estufa.

-Qué país más fome —dijo al fin Roberto—. Estos chanchos no salen de su casa ni aunque les pagues un taxi a la puerta.

- Yo que tú, viajaría.

- Con todos los trámites que tengo que hacer, no voy a poder viajar como en dos meses más.

- Esperemos entonces.

- ¿Mañana en la mañana, tienes que ir a la parroquia?

- Sí. Tengo que ordenar a los chicos del coro. ¿Por qué?

- Mejor quédate, para ver a dónde viajamos.

- Excelente idea —contestó ella, animada—. Qué quiere que le diga.

Roberto sacó cuentas en su libreta y separó el dinero para viajar. Se acordó de las innumerables negativas de sus amigos y decidió que saldría con su hermana. Chao con estos gusanos, sentenció. Compraron un mapamundi que pegaron en la pared, se llenaron de folletos que consiguieron en agencias de viaje y pincharon los países que querían visitar. Luego de discutirlo por toda la noche, redujeron sus posibilidades a sólo dos y tiraron una moneda para decidir a dónde volarían primero.

Casi sin darse cuenta, aterrizaron en Buenos Aires. Salieron a pasear a la Avenida Córdoba, compraron tres pares de zapatillas, dos chaquetas de cuero, un saco de dormir y varios objetos pequeños que no necesitaban. Tomaron ron y bailaron con desconocidas en distintos locales de Palermo, durmiendo sólo cuatro horas al día. En la discoteca, Roberto intentó llevarse una morena a la pieza del hotel.

Pero ella le habló durante dos horas y media acerca de lo bonito que era trabajar como enfermera en un asilo, y de cómo Argentina seguiría siendo un gran país a pesar de su clase política, temas que a Roberto le aburrían tanto como la literatura y la menstruación.

Tras la última noche, ambos hermanos no tuvieron energías ni para arrastrarse hasta sus camas, y se dejaron caer sobre los sillones de la habitación, frente al sol cegador de la mañana bonaerense. Y de las piernas y los pies sólo les quedaron fiebres bajo la cintura.

Volvieron a Chile. Apenas abrieron la maleta sintieron el olor a sudor y a cigarrillo como un golpe en la cara. ¡Qué chucha! gritó ella, y la volvió a cerrar de un manotazo.

Se quedaron lavando ropa en la tina, refregándola con agua sucia y jabón Popeye. Tenían plata de sobra para ir a la lavandería pero la distancia y el cansancio los hicieron quedarse allí en la cabaña, divagando sobre lo que harían a continuación.

- Vamos a Francia —dijo su hermana mientras colgaba poleras mojadas en el patio—. Siempre he querido conocer Francia. ¿Tú quieres conocer Francia?

Roberto sostenía el canasto con la ropa mojada. No dijo nada. Él pensaba más bien en Uruguay, país que asociaba con playas blancas y gente agradable. "El mejor país de Latinoamérica" según su papá, quien lo había visitado junto a un amigo camionero hace quince años atrás. Por otro lado, a Roberto le pareció interesante la idea de viajar a Europa y así poner un pie fuera de Sudamérica; sólo por curiosidad, por llegar lejos, por ampliar sus horizontes más allá del océano, o sólo para rebatir o comprobar las nociones que siempre había tenido del viejo continente.

- Ok —respondió él—. Me parece. Nos vamos a Francia.

- ¿Así de simple? ¿Ya lo decidiste?

- Es que es buena idea. Si podemos hacerlo, hagámoslo.

Es lo que siempre digo. Tienes que cumplir todos tus sueños.

- Qué macho más generoso, Dios mío. Desde ahora en adelante voy a tener cuidado con lo que pida. Todo se me puede cumplir.

- Tú lo has dicho; todo.

Compraron un pasaje para volar a Paris el mes entrante. Ya no tenían nada que hacer en la cabaña excepto dar vueltas, ver películas predecibles o dormitar en la alfombra. Los días transcurrieron como sábanas blancas flotando en un acantilado. A veces Roberto se encontró a sí mismo tomando un mate sin saber si es que era lunes o jueves, o lanzando una rama contra un bosque de pinos sin propósito alguno.

Francia era tal y como se la esperaban, pero con la potencia y los relieves que implican el estar ahí. Su hermana giró como una bailarina frente a las esculturas mientras él le tomaba decenas de fotos en la plaza de la Concordia. Las catedrales de Saint Remi y Notre Dame, junto con los jardines de Versalles, fueron el éxtasis de sus primeras dos semanas. La belleza los excedió y necesitaron compartir esa alegría con alguien, pero el carácter parco de los franceses comenzó a hacerles efecto, no tuvieron con quien salir a conversar, y no se dieron cuenta cuando ambos se encontraron de nuevo tomando cerveza solos, pero en un bar de Montmatre.

El mozo les dejó la boleta sobre la mesa. Era moreno y por su acento bien podía ser latino. No se atrevieron a preguntarle.

- ¿Cuándo quieres volver a Chile? —dijo ella—. Si quieres que nos quedemos más, todavía podemos cambiar los pasajes.

- Quiero ir a Canadá.

- ¿A Canadá?, ¿y qué hay allí?

- Se me ocurrió ayer, vi varias páginas en internet; información de embajadas, de agencias de turismo. Se ve interesante. Nadie va a Canadá. Hay que conocer lugares nuevos.

- No entiendo. Explícame.

- Leí en internet que es el país con la mejor calidad de vida en América. Quizás podríamos invertir algo por allá, pasar una época, aprender inglés.

- No quiero que gastes tu plata en lo primero que se te ocurra.

- Ya no quiero volver a Chile. En serio. ¿Se podrá vivir mejor en otra parte del mundo? Si es así nos podríamos quedar allá por una época, empezar nuestro propio negocio, tener un trabajo digno, ser nuestros propios jefes. No creo que sea tan descabellado.

- ¿Me estás pidiendo que nos arranquemos por cinco años sin avisarle a nadie? Estás loco. No podemos. La mamá se va a morir cuando sepa.

- Te prometo que, si nos gusta, volvemos a Chile, hacemos todo el papeleo, y sólo ahí nos instalamos en Canadá.

- ¿Por qué siempre tengo que hacer como si fuera tu hermana mayor? —dijo ella, sobrepasada por la situación—. Tú deberías estar poniendo orden, haciendo las cosas bien, diciéndome qué hacer. A mí me cansa.

- Pero mira; simplemente, desde ahora no te canses. Te invito a que no te canses. ¿Aceptas mi invitación?

- Contigo no se puede.

2

- ¿Por qué elegiste esta ciudad? —preguntó ella, contemplando el amanecer por la ventanilla del avión—.

- Es la última ciudad del norte, o parece que es la más grande. Según el mapa, después sólo hay pueblos chicos y estaciones de bencina. Quiero saber qué se siente estar en el otro extremo del mundo.

- ¿Vinimos sólo por eso?

- ¿No sientes curiosidad? ¿Dónde quedó tu sentido aventurero?

- Qué pendejo.

Esta vez llegaron cansados pero estoicos. Ya acostumbrados al ritmo de aterrizar, despegar y volar otra vez. El aeropuerto de Edmonton era pequeño y limpio, una especie de centro comercial poco visitado y con la mayoría de sus locales aún disponibles para arriendo. A medida que iban avanzando por los pasillos notaron que el cemento era beige y no gris como en Chile; un detalle ya logró descolocarlos un poco.

Tomaron el shuttle hacia la ciudad. Los alrededores eran en apariencia desérticos; una planicie interminable de césped quemado por la nieve; miles y miles de arbustos de cuya existencia sólo quedaban pequeños puntos negros sobre la tierra. Roberto había leído en internet que ese era el tiempo en que el otoño finalizaba en el norte, pero aún así nunca imaginó que Canadá, país que asociaba con un equilibrio perfecto entre naturaleza y desarrollo económico, pudiera ser así de desolador.

Salieron a recorrer el centro de la ciudad. A diferencia de París, esta ciudad tenía algo frío y chileno, como si hubieran aterrizado en una dimensión paralela donde Punta Arenas había sido colonizada por británicos. El fastuoso hotel McDonald, con su aire de castillo del siglo XVII, también parecía instalado en algún lugar mental de Chile, en una Patagonia que había crecido de manera exponencial tras pequeños accidentes históricos ya imposibles de rastrear en el tiempo.

En medio de la Avenida Jasper ella lo tomó de la mano. Nunca se habían tomado de la mano.

- Qué importa —dijo ella—. Estamos lejos.

En cada esquina los vagabundos les pedían un dólar con veinticinco mostrando una cara que inspiraba más desprecio que misericordia, como si estuvieran cobrando una deuda en vez de una limosna. Todos eran blancos, jóvenes y rubios, y luego de una temporada en el barro aún conservaban los vestigios radiantes del prototipo norteamericano. Hostigaban a los transeúntes con peticiones, insultos y manotazos en el aire, mientras sus relevos tomaban siesta en sillones de malls y de multitiendas semivacías sin que a nadie le importara su presencia.

El viento se hizo más intenso. Comenzó a caer un poco de nieve, una nieve liviana como la ceniza y que parecía flotar. Que se detenía sobre sus pelos y se transformaba en gotas de agua sobre sus caras.

- Me tinca que viene una tormenta —comentó Roberto, mientras caminaban frente al New City Theater—.

- Así parece —murmuró ella, refregando su nariz helada contra su manga—. A todo esto, ¿cómo andamos de plata? Disculpa que sea tan insistente con el tema, es que me preocupa.

- Nos alcanza para estar una semana completa, una semana y media si es que nos ponemos ahorradores. Pero yo no quiero ahorrar —agregó, como si lo hubiese decidido en ese mismo momento—. Quiero pasarla bien, quiero andar sin preocupaciones. Quiero hueviar, encontrar un trabajo, pensar en proyectos. Si nos llega a faltar plata, el abogado me dijo que podía conseguirme más por ahí.

- ¿Cómo?

- No sé. Supongo que con otra demanda.

- Yo creo que te va a romper el brazo bueno.

Volvieron al hostel. Allí chinos, vietnamitas y expatriados de etnias indeterminables a simple vista preparaban comidas aromáticas en la cocina. Los olores se mezclaban

en el aire y formaban una esencia fuerte y caliente que contrastaba con el temporal de nieve que se había desatado allá afuera, donde todos los peatones ya se habían escondido en sus casas.

Ambos hermanos construyeron una pirámide de casi un metro hecha íntegramente con latas de Canadian. Ella puso la última lata en la cima y la pirámide quedó completa.

- Estoy borracha. Estoy mal. Tiene algo esta cerveza. Así, no vale.

- A mí también me pegó. ¿Qué dice en la caja?

- No sé, me cuesta leer. Parece que necesito lentes. ¿Puedo comprar lentes en Canadá sin ir al oculista?

- En ninguna parte del mundo puedes comprar lentes sin receta médica.

- En Chile sí se puede. Para que tú lo sepas, la vereda está repleta de viejitas vendiendo lentes. Y yo siempre he querido usar lentes. Se ven sexy.

- Te conozco. Ten cuidado, te puedes cagar la vista.

- Ya San Roberto. Y dime, ¿qué quieres hacer ahora?

- Saldría, pero no sé a dónde. Conversé con un jamaicano y me dijo que todos los locales nocturnos cierran a las doce. Además, con este clima…

- Debiste haberlo averiguado antes de venir aquí. Tan distraído este hombre.

- Hagamos planes después. No tengo ganas. Ya no quiero seguir pauteando todo lo que haga en mi vida. Eso se acabó.

- Estoy completamente de acuerdo.

- ¿En serio?

- Si tú me pides que yo me tire de un acantilado, yo me tiro de un acantilado. Si tú me pides que me enrede en alambre de púas, voy y me enredo. Si tú me pides que pelee con un rottweiler, yo voy y peleo. Si tú me pides que…

- Ya me estás agarrando pal hueveo.

La nieve caía con fuerza contra la ventana y rodeaba suavemente las cúspides de los edificios más altos y lejanos. La calefacción central era excesiva y Roberto pateó las sábanas hacia abajo. Su hermana lo abrazó por el cuello, aún estaba despierta.

- Qué lindo eres —dijo ella, borracha—.

Roberto no se inmutó.

- Soy la única que te entiende. La única.

- No creas. Tengo amigos.

- ¿Dónde?, a ver, ¿dónde?

- No sé. Tengo varios.

Ella lo atrajo hacia su cuerpo.

- Qué sería de mí. Sola y desamparada.

- Mejor duérmete.

- Dame un beso —insistió—. Un besito, uno.

- ¡No! Es la última vez que te digo. A la próxima me voy de la pieza.

- Qué eres pesado —dijo ella, y se dio media vuelta hacia la pared—.

3

Cruzaron por el centro de la ciudad en dirección a los parques. El escaso movimiento en las calles era más parecido a un pueblo que a una capital. Los esporádicos peatones eran en su mayoría blancos y asiáticos, oficinistas de camisa y corbata que parecían ser inmunes al frío reinante.

- ¿Dónde vamos? —preguntó ella, con el vapor saliendo de su boca—.

- Ahí vemos.

- Mira el termómetro gigante, ese que está en el letrero del banco. ¿Qué dice?

- Cuatro grados bajo cero —contestó Roberto—. Ayer leí en internet que iban a haber diez grados bajo cero.

- Qué increíble que no sienta mucho frío. Paso más frío en Chile que aquí.

- Debe ser porque allá la calefacción es como la raja, por eso.

Se sentaron en las graderías de una cancha de béisbol. Había pájaros picoteando la segunda y la tercera base y todavía quedaba algo de nieve sobre el césped. Más allá, los autos pasaban a altas velocidades a través del puente sobre el río Edmonton. No había peatones a la vista, y tuvieron la impresión de que eran las primeras personas en varios años a quienes se les ocurría sentarse allí.

- Deberíamos aprovechar que nadie nos conoce —propuso Roberto—, que no tenemos que responderle a nadie por lo que hagamos acá.

- ¿Qué más quieres hacer? ¿Quieres matar a alguien? Dime a quién, yo te ayudo.

- Me refiero a hacer cosas que no podíamos hacer. Yo nunca he fumado crack, por ejemplo. Tampoco he estado nunca con una prostituta.

- Qué feo.

- No es que quiera hacer cosas así, lo digo sólo para darte un ejemplo de algo diferente.

- Qué extraño, siento que estamos cambiados. Estamos como más reflexivos. Tiene que ser por el exceso de tiempo libre. Si no tuviésemos que trabajar nunca, terminaríamos siendo filósofos.

El viento volvió a soplar en espasmos que podían indicar otra tormenta de nieve. El pasto tiritaba bajo cada embestida.

- No quiero volver —dijo Roberto—. No quiero que esto se acabe.

- Pero se tiene que acabar. Hazte la idea.

Volvieron al hostel. En la cocina había un gringo de unos cincuenta años sentado sin hacer nada. Los huéspedes no solían saludarse entre ellos. Roberto entró con sus bolsas de supermercado y, al notarlo, tampoco lo saludó. Venía cargado con tallarines chinos que había comprado a sólo un dólar y medio el paquete. Se puso a cocinar con el brazo izquierdo; ya se había vuelto hábil con su brazo bueno. El gringo andaba con ropa deportiva, tenía aspecto de ser una especie de ex modelo de revistas que durante los fines de semana salía a practicar deportes caros e impronunciables. Estuvieron durante un buen rato sin decirse nada hasta que el gringo se dio media vuelta y se dirigió inequívocamente a Roberto.

- Yo también compraba esa pasta cuando llegué a Canadá —dijo, en perfecto español—. El alimento de los campeones.

- ¿Perdón?

- Te escuché en la mañana. ¿Latino, cierto?

- Sí —contestó Roberto, con sentimientos contradictorios pero entusiasmado por encontrar un amigo—. ¿Tú también?

- No. Soy de Polonia, pero viví diez años en Argentina y cinco en México. Se supone que la próxima semana debería volver a Europa, pero ahora resulta que el Scotiabank me tiene agarrado de las pelotas. En fin. Larga historia.

-¿Y tú en qué andas? ¿Buscando trabajo?

- Yo vengo aquí para visitar a mi hijo. Vengo a visitarlo dos veces al año. Ahora voy a tener que quedarme por más tiempo; traté de depositar cien mil dólares en barras de oro y el banco me trata como si fuera un terrorista. Me dicen que tienen que investigar de dónde saqué el oro y qué se yo. ¿Lo podés creer? Lo más feo que hecho en mi vida es tomarme un whisky por la nariz y estos hijos de puta piensan que les voy a reventar el congreso. Ahora sí que me están dando ganas de hacerlo. ¿Y vos muchacho, en qué andás?

- Paseando, recorriendo países. Primera vez que vengo acá.

- No andan muchos turistas por aquí. Debes ser el primero. Por lo general los turistas se van a visitar las cataratas o las rockies, pero no es común que se queden aquí vegetando, mirándose las rodillas hasta morir.

-¿Quieres tallarines? —preguntó Roberto señalando la olla—. Están casi listos.

- Sí, seguro. Un poco de pasta con sabor a goma, para recordar viejos tiempos; la juventud, la boludez.

Mientras comían, el polaco le contó historias sobre los viajes que había hecho. Había vivido una orgía permanente en siete países distintos y con mujeres de todos los tamaños y colores hasta finales de los noventa. Ahora, en esta nueva etapa de su vida, había sentado cabeza definitivamente, transformándose en un próspero corredor de propiedades. Su estrategia consistía en comprar barato durante las crisis y vender caro durante las reactivaciones. Eso era todo, esa era la fórmula para pasearse por la ciudad con una maleta con cien mil dólares en barras de oro. Sonaba tan fácil que parecía mentira.

- Me gustaría haberme quedado en Latinoamérica —concluyó el polaco, mientras enrollaba los tallarines con el tenedor—, pero lamentablemente el dinero está en el norte. Siempre aparecía algo que terminaba mandándome de nuevo al norte. Puede que algún día vuelva a Latinoamérica, quién sabe. Pero ahora no.

- Yo sólo he estado en Buenos Aires. Fui con mi hermana, lo pasamos bien. Salíamos con cincuenta pesos en el bolsillo, estábamos toda la noche afuera y al final nos sobraba plata.

- ¿Y conociste a alguna argentina? Ojalá que no. Son calientes pero bipolares. Primero te están mordiendo la oreja y en un pestañazo te están tratando de manguero.

- Tres o cuatro. No me acuerdo. Fueron varias.

- Hace mucho tiempo me acosté con una chilena. O peruana. No sé. El punto es que era gorda, muy gorda. Fue como haber estado saltando durante quince minutos encima de una cama de agua pero con la mitad de agua de lo normal. ¿Lo podés imaginar? Lo bueno es que los pliegues te cubren y te estimulan todo el cuerpo. Es asqueroso pero se siente increíble.

El polaco lo invitó a comprar una botella de vino, y de paso a ventilarse un rato a través de las calles desiertas de Edmonton. En media hora de caminata sólo se toparon con una pareja de aspecto sudaca que conversaba en un inglés de marcado acento latino. Roberto, por su lado, iba concluyendo que si esa era una muestra de cómo eran los países desarrollados, la masa total de habitantes que había en el mundo era inferior a la que él creía. Lo cual implicaba dos consecuencias; una, que el paraíso (o lo que hubiera tras el umbral de la muerte) fuese igualmente vacío y que resultara ser una mera prolongación de la vida conocida. Y la otra; que para entrar al mundo, al hervidero que de verdad llamamos "el mundo", a los núcleos de poder y éxtasis donde la voluntad se transforma en violencia, era necesario un esfuerzo que para él resultaba improbable, sobrehumano. Imposible.

- ¿Alguna vez has matado a alguien? —le preguntó Roberto—.

- ¿Qué clase de pregunta es esa?

- Huesos, piel, sangre. ¿Sabes lo que significa, cierto?

- Por supuesto que he matado —contestó el polaco, sonriendo—. He matado y matado y seguiré matando. La primera vez que lo hice fue el 89, en Río Negro. Fue un hijo de puta que me miró feo desde la otra mesa. Lo arrinconé en el baño, le di un escopetazo en el abdomen y las paredes quedaron estalladas en sangre. Cuando salí, le reventé la cabeza al barman de una sola descarga y las cortezas del

cráneo volaron como una sandía. Todo fue gritos e histeria, mesas volcándose y botellas rompiéndose. Alcancé a matar a dos tipejos antes de que escaparan por la puerta principal, dos gordos sin nombre que cayeron de espaldas con la misma expresión desencajada con que estos miserables duermen y babean al lado de sus mujeres. Fue como una película de mafiosos pero sin honor.

- Eres bueno para inventar historias. Por eso las mujeres te siguen.

- Tener clase es algo con lo que se nace o no se nace, no es algo que se pueda aprender en el camino.

- ¿Te refieres a la clase social?

- Más o menos. Llámenoslo instinto, olfato, astucia. También es el buen gusto en el plano de la vida y lo demás. En el fondo todo es parte de lo mismo.

- De eso se trata ¿cierto? De hacer lo correcto en el momento correcto. De arriesgarse. De saber cuándo dar el paso.

- Exacto. Saber cuándo tienes la oportunidad y saber cómo tomarla.

Una patrulla pasó muy despacio por al lado de ambos. Los policías los miraron fijamente como si hubiese un motivo, y no muy grande, para no bajarse y llevárselos detenidos. Abrieron un mapa e intercambiaron indicaciones entre ellos. Los volvieron a mirar como si estuvieran comprobando algo. La patrulla tomó velocidad y se integró a una fila de vehículos que iba por la avenida.

- Vamos por otro camino —dijo el polaco, tenso—.

Roberto pensó en preguntarle respecto a los policías, pero juzgó más prudente hacerlo en otro momento.

- Jamás he engañado a nadie —dijo el polaco—. Caminá más rápido. Que te engañen y te aplasten por vías legales es otra cosa, y frente a eso mi convicción es que no hay que ser pasivo frente a tanta negligencia y estupidez; me parece un deber ético. Pero así es como funciona esta mierda

de gobierno. El año pasado, en esta misma calle, la policía canadiense mató a balazos a un vagabundo por gritar una canción de Elvis, creo que fue Burning Love. No salió en los diarios; los federales taparon todo. Cada año matan a un vagabundo o a un inmigrante por hacer las típicas boludeces que hacen los inmigrantes. Aquí el gobierno ya tiene todo controlado. Los policías no tienen mucho trabajo, y con las armas ociosas estos son peores que los americanos.

- No he visto mucho control aquí. Sólo un par de gorilas en el aeropuerto. Me timbraron unos papeles y después de eso no he visto más policías.

- No lo creas. Aquí te tramitan y te investigan hasta cuando querés arrendar un departamento o un cuartucho. Por eso hay tanta gente que se cabrea y que termina viviendo en sótanos. En Latinoamérica sos pobre pero al menos eres libre. Por lo demás, aquí la economía se está yendo a la mierda más rápido de lo que parece. Se está acabando la fiesta. Ahora ya casi no vienen inmigrantes. Puros asiáticos feos y malagradecidos. A mí sólo me gustan las tailandesas; son coquetas como las latinas y además elegantes y putas como las europeas, pero ese es otro cuento. El asunto es que los dueños del gobierno, sean quienes sean (el primer ministro no, eso es seguro) saben que esto se va a derrumbar más temprano que tarde. Manipulan sus periódicos para decirles a los borregos que todo va mejorando, pero en realidad no; es puro funny money, platas que se trasvasijan de un banco a otro para demostrar que el sistema se está reactivando cuando en verdad los dólares valen cada día menos. Los chinos nos dieron la espalda y ahora fabrican autos por sí solos, los árabes también nos expulsaron y ahora extraen petróleo por sí solos. Construyen rascacielos por decenas a una velocidad como si los hicieran de plastilina. Aquí sólo quedan espejismos, especulación, departamentos caros que nadie compra. Diamantes, petróleo, metales raros, y mierdas típicas de negros y de países en decadencia.

Nada de tecnología; puros edificios de los años ochenta y miles de autos viejos a precios regalados. Acordate; Norteamérica se va a hundir por completo, y en cinco años más sólo va a quedar México, Alaska, y el océano. La nafta va a valer 400 dólares el barril y, más que un lujo, va a ser inalcanzable. Los automóviles dejarán de circular. Las calles rotas se van a llenar de peatones, carretas y bicicletas viejas. El fin de la era industrial, una nueva edad media. Y cuando el dólar valga menos que el papel higiénico, yo voy a estar allí, listo, con la única moneda que no ha perdido su valor en dos mil años; el oro. Fundí hasta mi anillo de matrimonio, cada gramo cuenta. Según mis cálculos, si alcanzo a cubrir una bodega pequeña con puras barras de kilo y medio, voy a tener oro suficiente como para al menos iniciar algo así como un feudo, uno modesto; un fundo de varias hectáreas con trabajadores bien pagados que cuiden de mis cosechas y que aseguren mi suficiencia alimentaria y la suya. Pero todavía me faltaría otro poco para comprar armas de mano, armas sin munición; cuchillos largos, katanas, sables, inclusive sierras y destornilladores. En el nuevo mundo no van a quedar fábricas ni para hacer balas, y allí los amos van a ser los puños y el metal, y yo los voy a tener. Y si el gobierno o el Scotiabank se atreven a ponerme las manos encima, si se atreven a joder mis planes, los violo, pero de verdad; los violo, como si fueran quinceañeras menuditas amordazadas por una tribu de negros con porongas del tamaño de un brazo.

El polaco suspiró satisfecho. Descorchó el vino con una llave y se tomó un tercio de la botella de un sólo trago.

- Merlot —dijo—. Parece merlot, no carmenére.

Esa misma noche, el polaco abandonó el hostel y dejó una maleta negra al interior del casillero de Roberto, sin reventar el candado. “Para mi amigo chileno” decía en una hoja de cuaderno. “Su pasaje de entrada al nuevo mundo”.

La maleta se abría con una clave garabateada en el reverso de la hoja. Cuando Roberto la abrió, encontró ocho barras de plata con inscripciones en inglés; National Refiners & Assayers. El polaco había dicho que traía barras de oro, pero no le importó. En una primera impresión, Roberto estimó que eso podía equivaler a mucho dinero. Tras algunas averiguaciones en internet, se dio cuenta de que equivalía a no más de siete mil o, con suerte, ocho mil dólares. No andaba ni cerca de ser la cantidad suficiente como para cambiarle la vida a alguien, pero no le venía mal.

Luego de un día completo pensando en qué hacer con las barras, Roberto y su hermana concluyeron que el polaco les había dejado una cantidad más bien modesta para que así no tuvieran problemas con la ley. Así que en vez de ir a algún banco o algún sitio formal, bajaron hasta el barrio chino y dieron con un negocio pequeño adornado con luces de neón que decían "Greg López: GOLD AND SILVER.". La nieve se había amontonando a los pies de la puerta de entrada. Greg los saludó con un ferviente apretón de manos. No hablaba una sola palabra de español y tras observar sin mucha detención el contenido de la maleta les ofreció sólo tres mil dólares. Era poco, y no les serviría más que para alargar su estadía por otro par de semanas, pero tomando en cuenta que desconocían la procedencia de las barras, y que cuanto más las exhibieran más aumentaban las posibilidades de tener problemas con la ley, aceptaron la propuesta sin dudarlo demasiado.

Se mudaron a un hotel de medio pelo, a una pieza matrimonial decorada con muebles antiguos y una enorme ventana con vista panorámica a todo el Southwest; a los edificios pequeños, a los barrios con casas blancas de un sólo piso, a las hileras de árboles sin hojas, y a una planicie interminable de tierra erosionada que llegaba hasta el aeropuerto y más allá.

- Allí hay que ir después —dijo Roberto—. Tenemos que cruzar todo eso.

- ¿Disculpa? ¿"Vamos"? Sinceramente yo ya no voy a ningún otra parte, ni siquiera contigo.

- El polaco me dijo que más allá hay pueblos con minas de diamante, que hay muchas empresas de minería y que un carpintero puede ganar hasta treinta mil dólares al mes.

- Con tu brazo enyesado, no creo puedas trabajar de carpintero.

- Puedo aprender a martillar con la izquierda. Si tampoco voy a aprender a tocar el violín. Debe ser fácil. ¿Te imaginas lo que son treinta mil dólares al mes? ¿Todo lo que podríamos hacer con eso? Hay que aprovechar estas oportunidades.

- Anda tú.

La vida nocturna moría a la medianoche con una exactitud de toque de queda, así que usaron la tarde para emborracharse en un pequeño bar de cowboys canadienses. La música, lejos de ser melodías country, era un remix de canciones pop de los ochenta que no sumaba ni restaba nada al ambiente. Y los clientes eran tipos rubios, delgados y más bien taciturnos que vegetaban por horas frente a las máquinas tragamonedas, y que muy de vez en cuando ganaban la décima parte de lo que habían perdido.

- Vamos a seguir siendo...ingenuos —dijo Roberto, ebrio hasta las masas—.

Su hermana no respondió nada. Ella estaba pensando en otros asuntos, o fingiendo que pensaba en otros asuntos.

- Invirtamos —dijo Roberto, pronunciando las sílabas con dificultad—; empecemos un negocio.

- Eso funcionaría en Estados Unidos. Acá no. Quizás ni siquiera en Estados Unidos.

- Nos vamos a Estados Unidos entonces. Hasta podríamos irnos en bus. Deben ser como cinco días de viaje.

- No nos queda más plata. Y ya córtala, por favor —le dijo ella, tomándolo de las manos—.

- Cómo te puedes rendir tan rápido. Te falta espíritu aventurero. Escúchame, escúchame. Podemos pedir plata desde Chile y la devolvemos cuando podamos pagar. Estamos empezando, no te eches para atrás justo ahora. Escúchame.

- No; no más.

- Mira; hagamos algo malo, pero sólo una cosa mala; una estafa bien hecha, un asalto rápido. Después comenzamos una empresa. El resto se da sólo. Mira, mira; hablé de nuevo con el jamaicano, entré en confianza y me dijo que podía conseguirme un revolver por doscientos dólares —agregó, con los ojos rojos por la borrachera—. Asaltemos una tienda chica, algo en medio de un barrio poco transitado. Saquemos lo necesario, sólo lo necesario y...

Javier se olvidó de lo que estaba diciendo.

- Espera —continuó—. Hagamos algo más pacífico. Mira; viajemos hasta Yellowknife, busquemos un buen trabajo. Allá pagan bien; podemos juntar una cantidad decente en pocos y meses y...quién sabe.

- No sigas tomando. Basta. Llama a la mesera, pídele la cuenta. O mejor dile que te traiga un café.

- Está bien —dijo él, apartando su vaso hasta el extremo opuesto de la mesa—. Si tú me pides que no tome más, yo dejo de tomar. Si tú mañana me pides que volvamos a Chile, volvemos a Chile. Si tú mañana me pides que viajemos a Afganistán, viajamos a Afganistán. Si tú me pides que...

- Me estas agarrando pal hueveo —dijo ella, sonriendo—.

- ¿Ves? Todavía me quieres.

Cuando volvieron al hotel, Roberto tomó un cuchillo y se rajó el yeso hasta quitárselo por completo. Tiró los vendajes y las cáscaras a la taza del baño. La cicatriz todavía era

roja y grande, pero ya estaba sellada. Sintió que podía mover el brazo en todas direcciones a cambio de un dolor que consideró mínimo, y concluyó que los doctores eran personas exageradas, hipersensibles y codiciosas como todos los "expertos en algo" a los que había conocido en su vida.

Fue a despertar a su hermana para despedirse. La movió varias veces. Ella sólo reaccionó para acomodarse en otra posición.

- Son las una de la mañana. —dijo ella, levantando las sábanas para que él se acostara a su lado—. Ven.

Una vez que bajó a la calle, Roberto se apoyó contra las paredes para no caerse. Caían brumas de nieve que auguraban una tormenta.

Agarró del cuello al primer canadiense que encontró; un tipo de barba, ojillos azules y aspecto de mendigo, e intentó darle un puñetazo en la cara. El golpe fue flojo, el canadiense bloqueó sus arremetidas sin esfuerzo y dijo varias frases de las que Roberto sólo entendió "son", "Jesus" y "crazy", y lo dejo atrás sin tomarle mayor importancia.

Roberto no tardó mucho en abandonar la ciudad a pie. El frío había obligado a su cuerpo a desplegar nuevas fuerzas para seguir caminando. La nieve caía violenta como una enorme cascada de ceniza. El viento, de 40 y hasta 50 km/h, cambiaba de dirección a cada instante, y la carretera y el cielo estaban hechos de millones de partículas blancas e impenetrables. Avanzó al menos veinte cuadras en la ceguera. Se detuvo ante la sensación de estar dando vueltas en círculos, caminó en sentido contrario (o al menos eso creyó) tratando de diferenciar sus huellas de los simples desniveles y montículos en la nieve. Su desorientación se hizo mayor. Vio a doscientos metros de allí los focos de un vehículo que desapareció a baja velocidad entre la negrura. Aún había una calle, aún había un enlace con la civilización.

Al extender su mano tocó un poste de luz cuya ampolleta en lo alto apenas se distinguía de una estrella en el cielo. Se fue guiando por lo que transcurría bajo sus pies, se dio cuenta de que no estaba en la carretera sino que aún seguía en una especie de vereda. El viento recrudeció y le hizo perder el equilibrio. Extendió las manos para tocar la pared. No había nada. Se puso de pie otra vez. Siguió tanteando, luchando contra el viento y hallando sólo más nieve. Ya no estaba seguro de haber avanzado; quizás aún estaba dando vueltas a pocas cuadras del hotel o dando pasos en falso en medio de una avenida muy amplia, o quizás ya estaba en las afueras de la ciudad y le quedaban pocos pasos para llegar a la carretera; todo era posible.

Se quitó la nieve de los hombros. Sintió que su espalda se congelaba. Inevitablemente se cansó y tuvo que desplomarse en el suelo. Botó todo el aire de los pulmones y se dejó adormecer por el viento y la borrachera. Notó un incipiente y agradable ardor en su abdomen, un ardor que no sentía hace años, como cuando recién dejaba de ser niño y se moría por hacerle el amor a cualquiera; a las modelos en bikini de las revistas, a sus amigas del barrio, a su hermana aún convirtiéndose en mujer, a las amigas cuarentonas de su madre y a todo lo que fuese lo opuesto de un hombre. No quiso seguir oponiendo resistencia contra el frío. Y la nieve, cambiando de dirección a cada instante, le pareció cómoda como un sueño.